

CADENAS Y GONZALEZ DEL CASTILLO

LA TATARABUELA

Padrón de familia en tres actos.

LA TATARABUELA



IRENE ALBA



CADENAS Y GONZALEZ DEL CASTILLO

JOSE JUAN CADENAS
Y EMILIO GONZALEZ DEL CASTILLO

LA TATARABUELA

PADRÓN DE FAMILIA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro Alkázar, de Madrid, el día 5 diciembre de 1928.

DIBUJOS DE GARRAN



LA FARSA
ÑO II | 29 DE DICIEMBRE DE 1928 | NUM. 69
MADRID

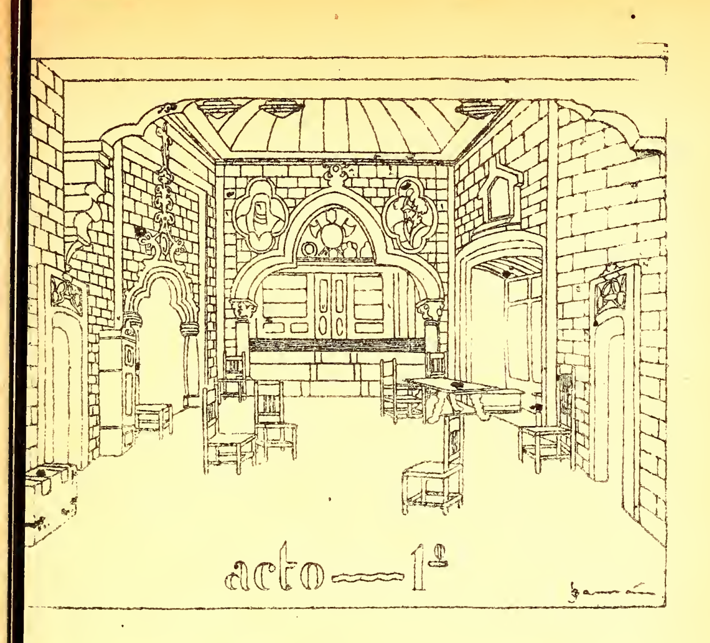
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ROSA	Irene Alba.
ANGUSTIAS	Antonia Herrero.
RITA	Julia Caba.
TARSILA	Rita Lozano.
CARIDAD	Carmen Sanz.
TERESA	María Pujó.
UNA NURSE	María Gascón.
TEODORO	Juan Bonafé.
PIO	Manuel Perales.
GONZALO	Emilio Gutiérrez.
LUIS CAÑAVERALES	Luis S. Torrecill
FRASQUITO	Pablo Hidalgo.
BENEDICTO	Manuel Caba.
RENTERO	Jenaro Gillot.
JOSE LILLO	José Burañes.
PEDRO	José Ponzano.

La acción del primer acto en la provincia de Segovia. La del segundo y te cero, en Sevilla. Epoca actual.

(Derecha e izquierda, la del actor.)

ACTO PRIMERO



la espaciosa sala de un castillo señorial del siglo XV que poseen en la vincia de Segovia los nobles señores de Ximénez del Pinar. Muebles iguos muy suntuosos de cuero repujado y sillones de talla. Al foro, gran tíbulo que comunica con la sala, con su practicable correspondiente de os cincuenta centímetros de altura, da acceso a la sala por una gran puer- de arco. En dicho vestíbulo figura estar la puerta de entrada por su o izquierdo, y comedor y demás habitaciones por el derecho. En pri- r término, una puerta, que es la habitación que tienen reservada para n Teodoro. En el segundo, y haciendo chaflán, una gran ventana. A la recna, otra puerta que conduce a las demás habitaciones de la casa. por la tarde. Los rincones de la estancia han quedado ya en sombra. aspecto es de una severidad de sala capítulo de la Santa Inquisición. las paredes, retratos de antepasados, pintados al fresco; un Adelantado de Castilla, un Cardenal y una dama muy gruesa.

Al levantarse el telón aparecen en escena BENEDICTO, hombre de as- cto bonachón y reposado, aunque sólo cumplió cuarenta años, tiene el o todo gris. Está ante una mesa, revolviendo papeles arcaicos. Sentada uno de los rincones de la derecha, RITA; una muchacha encantadora, de juventud, con peinado a la *garçonne* y traje de hechura moderna.

RITA.—¿Lo ves, papá? Son las cinco y, aquí dentro, parece ya de noch
BENEDICTO.—Reconozco, hija mía, que el castillo, aun después de m
dernizado, resulta obscuro. Es la época de su construcción. ¡El siglo quin
RITA.—Pues no haberle comprado.
BENEDICTO.—¡Olvidas que fué el viejo solar de nuestra familia!
RITA.—¡Ojalá fuera solar! Podríamos construir en él un palacio a moderna, luminoso y alegre. ¡A gusto de quienes vamos a vivirlo, co deben ser las cosas! Yo te aseguro que no le perdono al tío Pío el habe recuperado
BENEDICTO.—Ya sabes que no fué cosa de mi hermano Pío, sino acu do del consejo de familia.
RITA.—¡Bueno está el consejo de familia!
BENEDICTO.—¿Qué dices?
RITA.—¡No puedo olvidar que trató de reunirse cuando me corté pelo a la *garçonne!*
BENEDICTO.—Como que si no interpongo mi autoridad de padre, P te mete en un convento hasta que hubieses tenido otra vez moño.
RITA.—¡Aun me parece que le estoy oyendo! Una sobrina de don P Severo Ximénez del Pinar y Toro de Guisando, no puede llevar el pelo co un monaguillo.
BENEDICTO.—Calla, que ahí viene.
(Entra Pío *por el foro. Viste chaquet negro, fuera de moda, y aunque s tiene cuarenta y un años, representa veinte más, por su pelo gris tirand blanco. Lleva gafas redondas y barba en punta, que le da el aspecto de buho. Es de los que no se ríen ni con Muñoz Seca.)*
PÍO.—¡Las cinco y media! Mucho tardan los viajeros. Será culpa de automóviles... ¡trastos más insoportables!
RITA.—El abuelo Teodoro ha de recoger en Sepúlveda a la bisabu Rosa, y ya sabes, tío, que yendo ella no consiente que el auto pase de veinte por hora.
PÍO.—Temo que el motivo del retraso sea que nuestro padre se resi a venir, por no someterse al consejo de familia.
RITA.—Como que el abuelo es muy listo y no caerá en la trampa.
BENEDICTO.—*(Reconviniéndola.)* ¡Niña!
RITA.—Por no oiros a todos, y por no ver esos retratos tan feos de paredes.
PÍO.—¿Hablas así de los retratos de tus mayores? Esos nobles hidal pasaron privaciones sin cuento, y hambre y sed, por honrar a nuestra milia
RITA.—¿Hambre y sed esa señora mofletuda? *(Mostrando a la da gruesa.)* ¡Tío, no lo creo!
PÍO.—¡Rita! Ese retrato es el de doña Violante Ximénez del Pinar.
RITA.—¿Y aquel otro?
PÍO.—Del Adelantado de Castilla, don Iñigo.
RITA.—Ah, ¿pero el Adelantado?...
PÍO.—Es aquel que está detrás. No olvides, pues, querida Rita, q esos frescos que ves ahí son nuestros mayores.
TÁRSILA.—*(Vizcondesa de Castilfero, esposa de Benedicto, a quien m neja. Es una señora de cuarenta años, activa, organizadora de toda clase asilos y refugios. Ella y Pío pretenden gobernar a la familia, tiranizánd Su monomanía, como se ha dicho, es la fundación. Viste severamente. Al trar, por primera derecha, apenas mira a su marido, pero le da la mano a con afabilidad.)* Pío, enhorabuena. Acabo de recorrer todo el castill estoy encantada de las reformas.

Pío.—¿Te agrada, Vizcondesa?

TÁRSILA.—Mucho. ¡Qué hermoso asilo de muchachas podría fundarse uí!

RITA.—¡Ay, mamá! Compadezco a las pobres muchachas, se morirían tristeza entre estas viejas paredes.

TÁRSILA.—Hija mía; con tu espíritu moderno te burlas de todo.

RITA.—Mamá, qué cosas tienes.

TÁRSILA.—¿No os reísteis de mí, cuando fundé, con la de Gragera, el pero de San Martín? ¿No os pareció mal el comedor de San Zenobio? o encontrasteis ridícula, la Alcoba del Angel de la Guarda, para niños hogar, y el albergue para pobres que intitulamos, doña Fausta y yo el rtal de Belén?

BENEDICTO.—Yo no me burlo: lo que me parece mal es que te pases vida del Portal a la Alcoba y del Comedor al Ropero.

Pío.—Si es un chiste, no tiene gracia.

TÁRSILA.—Como tampoco la tiene el mote que me han puesto los muachos, por mi afición a fundar obras pías.

BENEDICTO.—¿Y cómo te llaman?

TÁRSILA.—*(Enfadada.)* ¡La primera piedra!

(Benedicto y Rita ríen disimuladamente.)

Pío.—*(Para cambiar la conversación.)* Oye, Benedicto, ¿encontraste go interesante en las crónicas del archivo de nuestra familia?

BENEDICTO.—Un caso curioso que se narra aquí, en una de ellas, sobre estro antepasado Narciso Ximénez del Pinar, Conde de Turégano.

Pío.—¿Algún hecho glorioso?

BENEDICTO.—No. Una extraña manía. Nuestro antepasado padecía la sesión de ocultar a todos su edad.

RITA.—¿Pero también ocurre eso entre los hombres?

BENEDICTO.—Durante años enteros su ocupación única fué destruir stemáticamente cuantos escritos y documentos pudiesen dar alguna luz bre su verdadera edad. Hasta llegó a ir por la noche a la iglesia para rancar del libro de la parroquia las hojas de su partida de nacimiento.

RITA.—¡Cómo me recuerda ese antepasado al abuelo Teodoro!

BENEDICTO.—La verdad es que ninguno de nosotros sabe a ciencia erta la edad de nuestro padre.

TÁRSILA.—Guarda bien el secreto.

Pío.—¡Tantos secretos hay en su vida!

(Suena, dentro, la bocina de un auto.)

RITA.—¡Ya están ahí! *(Corre al vestíbulo del foro.)*

BENEDICTO.—¿Nuestro padre y la abuela?

RITA.—¡No! Es mi hermana Teresa con el ama y Luisín.

BENEDICTO.—*(Que ha ido al vestíbulo.)* ¡Hola, Teresa!

TÁRSILA.—¡Hija!

TERESA.—¿Cómo estáis?

Pío.—*(Mirando al reloj.)* ¡Qué poca formalidad! Ha de venir la familia or entregas, y sin orden ni concierto.

RITA.—¡Mirad Luisín, qué mono!

(Entre besos y abrazos entran en escena TERESA, *el* AMA, *con un niño de echo, y* GONZALO DEL CORRAL.)

TERESA.—Viene dormidito. Ya veréis cuando despierte. Le hemos enseñado a decir ¡la abuela Társila!

TÁRSILA.—*(Molesta.)* ¿Abuela? Preferiría que le hubieseis enseñado a decir otra cosa.

(Teresa es una mujer de veinticuatro años, viva, inteligente y muy natural.)

Rita.—¿Y los abuelos?

Teresa.—La abuela Rosa viene detrás, con su chico, como ella dice.

Rita.—Y su chico es nuestro abuelo.

Társila.—¿Pero se conserva bien la abuela Rosa?

Teresa.—Representa treinta años menos de los que tiene. Por algo la llaman en Sepúlveda la inmortal.

Gonzalo.—*(Adelantándose, visto que no reparan en él.)* ¡Hola, familia! ¡Qué excursión tan hermosa! Y qué coche, el «Studebaker». Si le metemos el pie, vuela. *(Se acerca a Rita.)* Rita. Alegra esa cara, que ya estoy aquí. La última vez que nos vimos, en Segovia, te encontré algo aburrida.

Rita.—Siempre lo estoy cuando nos encontramos, ¿verdad que es casualidad?

Gonzalo.—Tengo que contarte la mar de cosas. La cacería del mes pasado. ¡Qué juergazo, querida Rita! Doscientos conejos, cincuenta perdices y un gato montés... ¡Seis días de caza, sin descansar, durmiendo a la intemperie, calados hasta los huesos y comiendo de fiambre! ¡Estupendo! ¡Lo que nos divertimos! ¡Un juergazo padre!

Rita.—¿Ah, sí?

Gonzalo.—Con tu permiso voy a lavarme un poco. Pero no te apures, ¡vuelvo para contarte la caza de jabalíes que han hecho los Hinojosa! ¡Qué escopetas los Hinojosa! Yo no fuí, y lo siento, porque lo han pasado colosalmente. Polito por poco se carga a un montero y a Gaspar Trillo han tenido que cortarle un dedo, porque se le enconó una dentellada... ¡Total!...

Rita.—¡Otro juergazo!

Gonzalo.—*(Reparando en Pío, a quien no había visto.)* ¡Caramba! ¡Si no te había saludado, perdona, tío Severo!...

Pío.—Pío... Pío Severo.

Gonzalo.—Sí, sí... ya sé... Te agradezco que me hayas invitado al consejo de familia.

Pío.—Hombre, Gonzalo, tú vienes como primo.

Gonzalo.—*(Con cierta escama.)* Oye... ¿supongo que no será para pedirnos dinero?

Pío.—No. Se trata de mi padre.

Gonzalo.—¿Ah, sí? ¡Muy famoso!

(Rita y Teresa se van hacia el vestíbulo, con el Ama y el niño.)

Pío.—Tú ya sabes que se fué a Andalucía hace tiempo...

Gonzalo.—¡Es de un simpático!... ¿Y qué hace allí?

Társila.—Locuras impropias de la edad que tiene.

Benedicto.—Perdona, Társila. Mi padre puede hacer lo que quiera.

Társila.—¿Qué sabes tú?

Benedicto.—Y me opongo resueltamente a que se tuerza su voluntad.

Pío.—Benedicto. Es por su bien. Sólo estando unidos todos podremos lograr que se modifique.

Gonzalo.—¡Qué serios os ponéis! ¿Pero es tan grave la cosa?

Társila.—Sí, Gonzalo. Por un amigo que fué allá, y nos escribió, hemos sabido que el abuelo tiene en Andalucía...

Rita.—*(Bocina dentro. Interrumpe con voz clara, agitando el pañuelo en el aire.)* ¡Abuelo! ¡Abuelo! Ya llega el auto.

Teresa.—Ya suben. *(Entra en escena con gran alegría.)*

Társila.—Pero ¿cómo? ¡Si están ya aquí! ¿No habrás olvidado algún detalle?

Benedicto.—¡Venid! ¡Corramos a su encuentro!

Rita.—¡Qué guapa está la abuela Rosa! Bien hacen en llamarla la inmortal.

TERESA.—¡Cada día está más joven!

RITA.—¡Abuela! ¡Abuela!

BENEDICTO.—No grites, que no le gusta el ruido.

GONZALO.—¡Qué figura tan imponente!

RITA.—¡Parece una reina!

(Vienen todos hacia escena, poco a poco han enmudecido y se repliegan nos tras otros, inconscientemente, por sugestión del respeto a la que es, a un iempo, abuela, bisabuela y tatarabuela: todos forman casi en fila. Solo Pío ueda en un rincón, amargado y huraño como siempre. DOÑA ROSA XIMÉNEZ DEL PINAR, *la inmortal, como la llaman en Sepúlveda, llega despacio, con ltiva dignidad; en su cara se ve que domina a toda la familia, no por su edad enerable, sino por el extraño poder de su persona—un carácter femenino de na pieza—. Doña Rosa es una dama alta, de aspecto que agrada e impone. El pelo blanco es como una aureola de su belleza. Aunque tiene ochenta y uatro años representa cincuenta y cinco. Lleva un traje de seda antigua, de as que no podría atravesarlas un puñal (según expresión elogiosa de la gene), color morado obscuro o vino de Burdeos. La hechura no es de moda. Más ien parece de la época del Renacimiento, con su lista blanca en el alto cuello. Lleva un sombrero pequeño, en forma de corona, del cual cae un velo gris de iaje. La entrada en escena y el recibimiento que le hacen todos ha de ser la ensación de una reina que recibe a su corte. Tras ella, vienen tres criados, le librea. Más tarde entra* TEODORO XIMÉNEZ DEL PINAR, *su hijo, bisabuelo lel niño que se vió en escena. Es un hombre erguido, juvenil, la cara rasurada, onriente, sonrosada. Apenas tiene canas, sólo algunas en las sienes, que más bien le adornan que le aviejan. En su andar, sus gestos y su sonrisa, en su cara y su cuerpo flexible, apenas demuestra tener cuarenta y cinco años, y, según nuestra cuenta, pasa de los sesenta. Al lado de su madre, la inmortal, se muestra respetuoso como un colegial aplicado. Ella le trata siempre como si fuera un chiquillo.)*

ROSA.—Buenas tardes, hijos míos. *(Ríe ligeramente al entrar, majestuosa, pero con benévola dulzura. Todos se inclinan con respeto, pero nadie se atreve a adelantarse hacia ella, y menos a preguntarla nada.)* ¿Benedicto?...

BENEDICTO.—*(Se inclina ante ella y le besa la mano: ella le abraza y le besa en la rente.)* Madre...

ROSA.—¡Hijo mío!... ¿Tú... Társila?

TÁRSILA.—Mamá.

(La misma inclinación, beso en la mano y beso más ceremonioso.)

ROSA.—Y tú, Rita... ¡El diablillo!...

RITA.—¡Abuela! *(Besándola.)*

ROSA.—Bis... bisabuela. No consiento que me rebajes la categoría. ¿Qué tal tu hijito, Teresa?

TERESA.—Ahora le traerán.

ROSA.—Ese pillastre me ha hecho tatarabuela. Le debo el ascenso. Pero... ¿quién falta?... ¡Ah, sí! El de siempre... ¡Pío! *(Con cierta severidad Todos temen la que le espera.)*

PÍO.—¡Abuela Rosa!...

ROSA.—¡Sigues igual! Desde que eras niño, cuando venía alguno, te metías en los rincones... Mira, no te doy un bofetón, aunque lo mereces, porque estoy muy contenta viéndoos a todos a mi alrededor. *(Volviéndose a Teodoro, que no pasó del vestíbulo.)* ¿Pero y mi chico? ¿Dónde se mete?

TEODORO.—Mamá.

ROSA.—¿Qué haces que no saludas a tus hijos, muchacho?

TEODORO.—Es que... *(Con cierto respeto.)*

ROSA.—Abrázales a todos, que hace cinco años que no les ves.

TEODORO.—¡Hijos míos! ¡Ya lo oís!... *(Todos van a él. Abraza a tod*

ROSA.—No se le ocurre nada. Hay que decírselo todo a este chico.

TEODORO.—Es la sorpresa... La emoción... Además, encuentro a todo tan obscuro... Vengo de un país de luz, de sol... Y esto parece una c para murciélagos... *(A Benedicto.)* Ven acá; abrázame, hijo... *(Abra* Y tú también, Társila... *(Otro.)* Simpática Vizcondesa... Y que está estás flamencota.

TÁRSILA.—¿Flamencota? *(Molesta.)*

ROSA.—¡Muchacho, esa ordinariez! *(Reprensiva.)*

TEODORO.—Pero si lo de flamencota no es en el sentido de chula, s flamenca, natural de Flandes... Es que me recuerda las mujeres de Rub De las tres gracias, a la que está de perfil...

TÁRSILA.—¡Qué cosas dices! *(Cómicamente ruborosa.)*

TEODORO.—*(Ve a Rita y le tiende los brazos.)* Ven acá tú, peque *(Abrazo.)* Qué guapísima estás... ¡He aquí, hijos míos, la verdadera o de Dios, la mujer hermosa!...

RITA.—*(Aparte y rápida.)* Abuelo, por Dios, no me tires de la tre que es postiza, para que no vea la abuela Rosa que me he cortado el p a la *garçonne.*

TEODORO.—Ah, sí. ¡Descuida! *(Ve a Pío que está medio oculto en rincón.)* ¡Pero, hombre! Si está aquí también Pío Severo... ¡Abráza hombre!...

PÍO.—¡Padre! *(Le abraza fríamente.)*

TEODORO.—Más fuerte, aprieta... *(Contemplándole mientras le abra* A ti te encuentro algo estropeadillo. *(En efecto, representa casi más e que su padre.)*

PÍO.—Tiene uno que envejecer de año en año.

TEODORO.—No veo por qué tanta prisa. Deja que pase el tiempo, p no pases tú.

PÍO.—No se puede engañar a la vida...

TEODORO.—¿Cómo que no? Se la echa flores, se la enamora y se burla... Al fin y al cabo es una mujer. Y yo hice eso siempre con las muje

ROSA.—¡Teodoro! *(Reprensiva.)*

TEODORO.—¡Mamá!

ROSA.—¿Delante de tu madre? *(Severa.)*

TEODORO.—Perdona, madre, perdona... Pero a todo esto.. decid hijos míos. ¿A qué obedece esta llamada, que me hizo dejar precipita mente Andalucía, donde tengo... bueno... negocios, intereses... Mamá telegrafió que tomase el primer tren, pero nada me ha dicho.

ROSA.—Si yo sé lo mismo que tú. Pío me avisó, que nos reclama cuestión de familia.

TEODORO.—¿De familia? Si me lo llego yo a figurar...

PÍO.—¿Qué?

TEODORO.—Que no vengo, ni atado. «Son pláticas de familia de las nunca hice caso.»

ROSA.—Teodoro. Abstente de hablar de esa manera delante de madre.

TEODORO.—Bueno, mamá; pero sepamos cuál es el asunto.

ROSA.—Ahora. Ve antes a tus habitaciones.

TEODORO.—¿Cuáles son?

TÁRSILA.—Aquí, en el piso bajo. *(Indicando la izquierda.)*

TEODORO.—¿Y puedo saber a qué hora se cena aquí?

TÁRSILA.—En cuanto la abuela Rosa lo ordene.

ROSA.—Dentro de media hora. Una colación solamente, chocolate

rmir. No te entretengas. Tú siempre fuiste un chiquillo sin fundamento a mí me gusta la puntualidad.

RITA.—Yo ya he merendado.

TEODORO.—Y yo también. A ver si pasamos una agradable velada, rque yo pienso regresar a Andalucía en cuanto amanezca.

ROSA.—Tú te irás cuando yo te dé permiso. No te corre tanta prisa. ¿Qué tienes en Andalucía que te atraiga?

TEODORO.—¡El clima! Hay allí una temperatura ideal. Es la eterna primavera, con flores y todo.

PEDRO.—*(Entra por el foro con maleta, etc.)* Aquí está la maleta del ñor.

TEODORO.—Llévala a mi cuarto. O si no. Iré contigo... si me lo permites... *(A doña Rosa.)*

ROSA.—Ve, hijo... ve... Pero no tardes.

TEODORO.—Descuida. *(A Pedro.)* ¡Hola, Pedro! ¡Tú tan famoso! ¡El empo que hace que no te veía!... ¡Siempre al servicio de la casa!

PEDRO.—¡Ya lo creo, señor! Como que entré aquí cuando el señor era n muchacho. Para julio... ¡Sí! Eso es: para julio va a hacer...

TEODORO.—Va a hacer calor. No eches cuentas de los años, Pedro, ue la maleta corre prisa... *(Mutis con él por la puerta de la izquierda.)*

ROSA.—Rita, Teresa... Id vosotras a deshacer la mía con cuidado... onzalo, acompáñalas.

GONZALO.—Pero si yo... La verdad. Esto de las maletas para mí es un undo.

ROSA.—*(Imperativa.)* Haz el favor.

RITA.—*(En voz baja, a los otros.)* Nos echa... Malo, malo... Compadezco l abuelo. *(Mutis Rita, Teresa y Gonzalo por el foro derecha.)*

GONZALO.—*(Al mutis.)* Me hubiera gustado saber lo que discuten. iendo como soy del consejo de familia... Pero en fin...

ROSA.—*(En cuanto Rita y Teresa salen con Gonzalo, llama a todos, y ice sentándose con ellos:)* Bueno; ahora, en pocas palabras, ¿qué sucede?

BENEDICTO.—¿Por qué no hablamos después de la cena?

ROSA.—Los asuntos de familia, cuanto antes mejor. Si es importante, ecídmelo ahora. Si no lo es, lo dejamos, mañana me vuelvo a Sepúlveda listos.

BENEDICTO.—Pues bien. Lo primero, se trata de un proyecto de boda. *(Rita, que se fué con los demás por el foro, aparece, y muy despacito y escuchando la conversación hace mutis donde está su abuelo.)* Társila tiene la ntención de casar a Rita con su primo Gonzalo.

ROSA.—¿Con Gonzalo? Os advierto que le conozco bastante. Va de acería y para a veces en casa. No hace falta mucho para ver que es tono de nacimiento. Pero si a Rita le gusta... Ella verá... Hay muchas mueres que eligen marido tonto... Tiene algunas ventajas. En fin... Yo creo ue para eso no era necesario este viaje.

TÁRSILA.—Se trata también de que vea usted el castillo de nuestra amilia. Pío acaba de adquirirle y restaurarle.

ROSA.—Lo visitaré con calma. En la primera impresión me resulta riste. Veremos de día... ¿Y cómo fué el comprar el castillo?

PÍO.—Yo pensé que era un retiro soñado para nuestro padre. Hay graves razones que aconsejan el que papá viva entre nosotros...

ROSA.—¿Graves razones? ¡Habla, Pío! ¿Ocurre alguna desgracia?

PÍO.—Desde que papá habita en Andalucía, hace cinco años justos, sentimos todos gran preocupación.

ROSA.—No sé por qué. Si mi chico es alegre, y le gusta más aqu que vuestra compañía...

TÁRSILA.—La vida que allí lleva no está de acuerdo con su edad

BENEDICTO.—Hay que tener en cuenta que nuestro padre tiene el razón joven.

PÍO.—No digas eso, Benedicto. La juventud de nuestro padre es insulto y un escándalo para las gentes.

ROSA.—¿Eh? ¿Pero estás loco? ¡Habla de una vez y sepamos lo que p

PÍO.—Abuela. Papá tiene en Sevilla una *liesón*.

ROSA.—*¿Liesón?* ¿Qué dices? ¿Qué especie de jerga hablas, hijo? sabes ya el castellano?

PÍO.—¡Papá tiene una amante!

ROSA.—¡Pío! Delante de mí... *(Severa.)*

TÁRSILA.—Perdone... Quiso decir que está en relaciones con una da

ROSA.—Deja a Pío que hable.

PÍO.—Por eso huye de la familia...

BENEDICTO.—Feliz él. *(Entre dientes.)*

PÍO.—Por eso rodea su vida de un impenetrable secreto.

ROSA.—Hace bien. Vuestro padre os oculta su vida desde que vue madre murió y eso es lo decoroso. Viaja por divertirse, y yo he ido si pre partidaria de que mis chicos se espolvoreen por el mundo y goce vida como hombres sanos que son.

PÍO.—Nuestro padre no se ocupa de otra cosa que de disfrutar.

ROSA.—¿Y tú le envidias? Pues haz lo mismo. Eres libre.

PÍO.—Somos muy diferentes.

ROSA.—Eso sí.

PÍO.—Hace días recibí una carta de Sevilla... en la que me dicen.

BENEDICTO.—¡Vaya una cosa! Te dicen que vieron a papá acom ñando a una señorita.

PÍO.—Permíteme. Una señorita joven y muy guapa.

ROSA.—Lo creo. Tu padre es hombre de gusto y tiene un santo ho a las feas.

TÁRSILA.—Querida abuela, parece que toma usted a broma este a to tan serio.

ROSA.—Querida nieta... política. No olvides que, quien como yo, educado cinco hijos, que son cinco hombres de provecho, sabe bien que debe tomar en broma. Tu suegro ha sido el último, y aún me encu tro con fuerzas para educar otros cinco, y a las nueras si hace falta. Si hablando, Pío.

PÍO.—He averiguado que nuestro padre hace a esa señorita frecu tes regalos.

ROSA.—Veo que le espías admirablemente, pero comprenderás esos regalos no suponen nada.

PÍO.—El último ha sido una casita con jardín.

ROSA.—No me extraña... Mis chicos son todos muy espléndidos... T drá dinero ahorrado de la renta.

TÁRSILA.—¡De la renta! Su hijo ha gastado en estos últimos tiem la tercera parte de su fortuna.

ROSA.—¿Aparte de la renta? ¡Oh, no! ¡Eso sí que no! El capital d familia, como el nombre, es sagrado.

PÍO.—A mí esa cuestión de los intereses no es lo que me preocupa.

ROSA.—Porque lo creo así hablo contigo.

BENEDICTO.—Yo, si vamos a tasar los gastos de nuestro padre, nuncio a seguir ocupándome del asunto.

ROSA.—¡Sí!... Pero es preciso que os diga... *(Se detiene y dice a Tár)* Querida Társila. ¿Quiéres ser tan amable que nos dejes solos un mento?

TÁRSILA.—*(Ofendida.)* ¿Me echa usted cuando se van a tratar asun- siendo de la familia?

ROSA.—No te extrañe, Társila. En cuestiones de esta naturaleza la fa- a, para mí, es la de mi sangre. Así es que te suplico...

TÁRSILA.—Ya... ya me voy...

ROSA.—Después te llamaremos.

TÁRSILA.—Bien. Bien. *(Hace mutis, indignada, por la derecha.)*

ROSA.—Hijos míos, duro es lo que os voy a decir, pero en todo esto tuvo de culpa vuestra madre. No supo comprender a mi chico y le amargó ida. A su muerte, yo creí que debía dejarle rienda suelta... Ahora reco- co que fui demasiado lejos y que abusa... Benedicto... llama a tu padre. *(Benedicto se asoma a la puerta de la izquierda.)*

BENEDICTO.—*(A los de escena.)* Está bromeando con Rita.

ROSA.—Llámale.

BENEDICTO.—¡Papá!

TEODORO.—*(Dentro.)* Un momento, hijo mío.

ROSA.—Dile que venga con Rita. (Voy a ver si le avergüenzo delante de ieta.)

BENEDICTO.—¡Rita! Tú también.

TEODORO.—*(Saliendo con* RITA.*)* Ya estoy aquí.

ROSA.—Teodoro... Siéntate.

TEODORO.—¿Qué pasa, que tenéis esas caras de kilométricos?

ROSA.—Enciende un cigarro y escucha. *(A Rita.)* Y tú, siéntate allí. *rincón.)*

TEODORO.—¿Tenéis cigarros? *(A Pío y Benedicto.)*

BENEDICTO.—Yo no fumo más que puros.

PÍO.—Yo tampoco.

RITA.—*(Aparte, alargándole a escondidas un cigarrillo.)* Toma, elo...

TEODORO.—*(Aparte, a ella.)* ¿Cómo? ¿Pero tú?...

RITA.—¡Calla!

TEODORO.—*(Aparte, a ella.)* Ah, sí... *(Alto.)* ¡Hombre! No me acordaba tenía yo uno. *(Lo enciende y quiere sentarse en el brazo del sillón de doña a. Pío ha acercado el sillón más aparatoso y lo pone en el centro de la es- .)*

ROSA.—Siéntate ahí, para que te vea la cara.

TEODORO.—*(Al ver que Pío y Benedicto le rodean, pregunta:)* ¿Vais a tarme, hijos míos? *(Se sienta en uno de los brazos como un muchacho.)*

ROSA.—¡Siéntate bien! *(Corrigiéndole.)*

TEODORO.—Bueno. *(Lo hace.)*

ROSA.—Mira hacia allá. *(A Rita.)* Aquella mujer es tu nieta.

TEODORO.—Sale a su bisabuela en lo guapa...

PÍO.—¡Padre! *(Represivo.)*

ROSA.—Un poco de formalidad.

TEODORO.—*(Levantándose de un salto.)* ¿Pero qué pasa? ¿Qué os pro- néis con esas caras de jueces?

PÍO.—Nos tienes preocupados. Tu edad no es para vivir lejos de nos- os, como lo haces. Tenemos que cuidarte.

BENEDICTO.—Pero si papá está muy bien, si parece un muchacho.

TEODORO.—Gracias por el piropo.

ROSA.—Hijo mío. Contéstame. ¿Por qué no vives con tus hijos?

TEODORO.—Porque no quiero molestarles, ni que me molesten. Yo dejo en paz y soy dichoso a mi manera.

Pío.—¿Qué haces en Andalucía, padre? Sabemos que te has visto cisado a gastar parte de tu capital.

TEODORO.—¿Pero eso es que me vais a tomar declaración?

ROSA.—¿En qué te has gastado tu dinero, Teodoro? Mírame a la ca Dime la verdad. Toda la verdad.

TEODORO.—Mamá, que yo te aseguro...

ROSA.—*(Mirándole a los ojos.)* Ya me conoces. Sabes que, cuando dices la verdad, sales siempre mejor librado que mintiendo.

TEODORO.—Considera que están presentes mis hijos y mi nieta.

ROSA.—No importa. Lo saben todo, y son ellos quienes han compr este castillo.

TEODORO.—¿Y para qué quieren esta antigualla?

ROSA.—Para que sea el retiro de tu vejez...

TEODORO.—¡Ah!, bueno. De aquí a entonces.

Pío.—Padre, tu ancianidad pide ya reposo. Hora es de que desca en el hogar.

TEODORO.—Descansa tú, si estás cansado. Yo, a Dios gracias, no canso nunca. ¿Y era ése el asunto importante?... *(Al foro.)* ¡Pedro! Ha maleta. Adiós, hijos míos. Hasta la vista, si es que nos volvemos a ver.

ROSA.—Siéntate, Teodoro, y contéstame.

TEODORO.—¿Qué quieres, mamá?

ROSA.—Tú tienes en Sevilla una casa de soltero...

TEODORO.—¿Cómo voy a tener una casa de soltero, si soy viudo?

ROSA.—Déjate de bromas. Pío irá a Sevilla a levantar esa casa.

TEODORO.—*(Horrorizado.)* ¿A mi casa, Pío?

ROSA.—Y tú te quedarás aquí.

TEODORO.—¿Cómo? ¿Vivir yo aquí, sin ilusiones, como las piedras d catedrales, llenas de musgo?...

Pío.—Así vivimos nosotros.

TEODORO.—Eso no es vivir. Tú, querido Pío, no viajas, no te mue Eres como un árbol plantado en el suelo, que ve siempre los mismos zontes.

Pío.—¿A dónde voy a ir que más valga?

TEODORO.—A Sevilla, un día de sol, yde toros a beberte unas ca en la feria y a dar gritos alguna vez, dejando ese tono de voz tan monó y tan pesado. Así se te ensancharán los pulmones.

ROSA.—Teodoro; chico ¿Qué dices?

TEODORO.—¡Déjame, mamá! Ahora estoy educando a mis hijos. pués, a Lora del Río, cuando los naranjos estén llenos de azahar, y a jardines de la orilla del Guadalquivir, para que aprendas cómo huel miel las rosas andaluzas.

ROSA.—Eres como yo. Te gustan las flores.

TEODORO.—Y luego a mirarte en los ojos de una sevillana, que es marse a la gloria.

RITA.—(Olé mi abuelo.)

ROSA.—¡Teodoro!

TEODORO.—Déjame, mamá, que sigo dándoles clase.

Pío.—¿Pero es que yo?...

TEODORO.—Tú vives entre papeles empolvados, haciendo lo mismo un ratón de biblioteca. Y, la verdad, querido Pío, siento decirte que está poniendo la cara de mochuelo.

Pío.—¿Pero quieres que un notario de una ciudad histórica haga tales ratadas?

Teodoro.—¿Y te figuras que en Sevilla no hay notarios, abogados y icos, mejores que tú? Y se ríen y todo. Cosa que a ti se te ha olvidado io practicarla.

Rosa.—¡Teodoro!

Pío.—¡Papá! *(Muy serio.)*

Teodoro.—Aféitate esa perilla, que es del siglo pasado. Viste de otro lo, habla menos campanudo, ríe y canta.

Pío.—Si fuese un chico, bien estaría todo eso; pero soy un hombre que ina hacia la vejez.

Teodoro.—Tú eres un joven, que se empeña en ser viejo; y yo soy un o, que se siente por dentro joven.

Pío.—Hay que pensar en la familia, en el solar de nuestros mayores, l árbol genealógico.

Teodoro.—Alto ahí. No hables del árbol genealógico, porque nada has io por él. No te has casado, yo sí y tuve hijos. En ese árbol yo soy tron· tú te andas por las ramas.

Rosa.—Labia, sí la tienes. Desde chico eras igual. Faltabas a clase y io el maestro te dejase dar explicaciones, a los cinco minutos resultaba el que había faltado a clase no eras tú, era el maestro.

Benedicto.—Dice bien.

Rosa.—Pero no te vale conmigo. No quieres vivir aquí porque te gusta Andalucía.

Teodoro.—¿Quién puede dudarlo?

Rosa.—Eso no es una razón. Oyeme, hijo. ¿Crees que yo no me sacri- también? No vayas a pensar que si vivo entre terruños en tierra sego- ia es por deseo de soledad... A mí me gusta Madrid. ¡Vaya si me gusta! uel Madrid!... Y las corridas de toros, con *Lagartijo* y *Frascuelo:* una *vorita*, por Gayarre; una *Pasionaria*, por Vico, y pasear por el Prado un *landeau*, y a la vuelta, tomar chocolate en el reservado del zo.

Pío.—*(A los otros, asustado.)* ¿Pero no oís cómo desvaría?

Rita.—Calla *(Aparte, a él.)*, tío...

Rosa.—¿O es que te figuras que prefiero la banda municipal de Sepúl- la a los conciertos que da Mancinelli, por el verano, en los jardines del en Retiro?...

Pío.—*(A los otros.)* ¿Pero no oís lo que habla?

Rita.—(Déjala, tío... No es que habla; es que sueña.)

Rosa.—Pero ahora que caigo. ¡Qué tonterías estoy diciendo! Así que van fechas que yo dejé Madrid. ¿Dónde está ya todo eso?... Perdonad, os; se me fué el santo al cielo, sin querer... Cuando ha vivido una tantos os, a veces confunde lo de ayer con lo de hace treinta... Ya sé que ahora drid es otro... Y que también tiene encantos; pero no son los míos, son vuestros. ¡Bien estoy en Sepúlveda, que apenas cambió!

Teodoro.—¿Por qué, madre?

Rosa.—Allí noto menos que mi tiempo se fué... Como para los montes os terruños no reza la moda, no advierte una que envejece...

Rita.—*(Aparte, a Pío.)* ¿Lo ves? ¡Ya despierta!

Rosa.—¡Aquel Madrid! ¡Aquel Madrid!... *(Esta frase ha de ser dicha no un poema.)*

Teodoro.—De modo que quedamos...

Pío.—En que es preciso, por tu edad, que vengas a vivir con nosotros.

Teodoro.—¿Y si no quiero?

ROSA.—¿Qué es eso, Teodoro? Esta noche le darás a Pío instruccion para que levante tu casa de Sevilla.

TEODORO.—Pero, mamá... mira que... Esto es tenderme un lazo... Q yo no puedo quedarme aquí, que tengo en Sevilla... que tengo en Sevi toda mi ropa.

ROSA.—Te la traerán.

TEODORO.—Yo te aseguro...

ROSA.—Ni una palabra más sobre este asunto. Está decidido y ya sal que no me gusta volver sobre una cosa resuelta.

TEODORO.—Pero en esta ocasión...

ROSA.—*(Sin hacerle caso.)* ¿Y dices, Pío, que has reedificado la Pla de Armas y el Torreón?

PÍO.—Sí. Mañana podremos verlo todo. He restaurado hasta las ma morras.

TEODORO.—Pensará este ostra encerrarme en una mazmorra.

PEDRO.—*(Apareciendo por el foro derecha.)* El chocolate está servi señora.

TEODORO.—Mamá. Es preciso que hablemos.

ROSA.—Ya oyes que está servido el chocolate. Vamos al comedor, v Rita.

(Hace mutis con Rita, Pío detrás. Benedicto se acerca a Teodoro.)

BENEDICTO.—Papá, vamos al comedor.

TEODORO.—No quiero chocolate. ¡Me habéis quitado el apetito!

BENEDICTO.—Pero, papá.

TEODORO.—Contesta. ¿Quién ha armado este enredo?

BENEDICTO.—Un amigo de Pío que está pasando una temporada Sevilla, le ha escrito que te vió con una señorita... que es tu amante.

TEODORO.—¿De modo que os figuráis que es mi amante?

BENEDICTO.—Teníamos que suponerlo.

TEODORO.—*(Respira.)* ¡Ah, vamos! Menos mal. Pues sí, Benedicto ti te lo puedo decir en confianza... *(En este momento* RITA *asoma impacie por la puerta del foro y se para a escuchar con simpatía.)* Para mí las muje son el perfume de la vida. No puedo prescindir de ellas. Aun me hac soñar un guante o una flor de una mujer. ¿Y queréis encerrarme aquí, este antro obscuro, para que pierda toda mi alegría? ¡Bah! Idos al demon ¡Me voy! ¡Me ahogo aquí!

BENEDICTO.—¡Padre!

(Teodoro se sube al vestíbulo y pasea por él.)

RITA.—¿No toma nada el abuelo?

BENEDICTO.—Ha merendado. ¿Pero dónde vas tú?

RITA.—A ponerme la trenza otra vez, que se me ha caído; no vea abuela Rosa que me he cortado el pelo.

BENEDICTO—Pero el consejo de familia te autorizó...

RITA.—Con ella no vale ni el Consejo de Ministros.

BENEDICTO.—Voy al comedor, no me echen de menos. *(Mutis f derecha.)*

(Rita va a hacer mutis a su cuarto al tiempo que aparece GONZALO.*)*

GONZALO.—¿Te vas, Rita?

RITA.—Voy a mi cuarto, estoy cansada.

GONZALO.—Sí, lo comprendo: estás negra porque no hemos podido h blar a solas... No te apures, me quedaré un ratito, para hacerte el amor estilo americano, que es el de moda.

RITA.—¡Y a mí que me parece que el amor debe ser igual en todos tiempos!... Cuántas veces se me ha ocurrido imaginarme en una noche c

lo que se reirán las estrellas de oírles siempre lo mismo a las parejas de enamorados. Pensar que nos digamos las mismas palabras, Hero y Leandro, y tú y yo.

GONZALO.—Sí... Las mismas...

RITA.—¿Qué se dirían ellos, Gonzalo?

GONZALO.—Vamos... Déjame de historias... Di que tú estuvieses en Madrid y entonces ibas a ver plan de novios bien... Las chicas de hoy tienen alma deportiva. Todas sueñan con Tunney, con Zamora o con algún «as» de la pantalla. ¿Y tú, no tienes algún sueño?

RITA.—¿Cómo alguno? Muchísimos. Me estoy cayendo materialmente. Con tu permiso, Gonzalo. *(Bosteza.)*

GONZALO.—¿Tienes debilidad?

TEODORO.—Pero, hombre, ¿no estás viendo que está aburrida?

RITA.—Sí. Estoy muy cansada. Adiós, abuelo... Adiós, primo. *(Entra en su habitación por la derecha.)*

GONZALO—¡La tengo loca! ¡Qué mujer es su nieta, don Teodoro! ¡Un millón de guapa!

TEODORO.—Ya lo creo...

GONZALO.—Una mujer hecha a la medida, para un hombre que la sepa apreciar y sea inteligente.

TEODORO.—Tú lo has dicho. Para un hombre que sea inteligente. Y tú... *(Va a decir que no lo es.)*

GONZALO.—*(Que cree que le pregunta cómo está, y dice solícito:)* Bien, gracias, ¿y usted?

TEODORO.—Buenas noches. *(Da media vuelta por no aguantarle.)*

GONZALO.—¡Me lo he metido en el bolsillo! Que tengo el don de la simpatía. ¡La vida es un juergazo! *(Mutis foro derecha.)*

(Ha anochecido. Entra PEDRO *con dos candelabros que deja sobre la mesa. Teodoro le pregunta.)*

TEODORO.—Oye, Pedro... ¿Está cerca la estación?

PEDRO.—Tres kilómetros... ¿Pero es que el señor se va?

TEODORO.—En cuanto se acuesten. Dame el abrigo de viaje y avisa al chofer que me espere en la carretera.

PEDRO.—Ahora mismo, señor. La cosa es que...

TEODORO.—*(Que siente ruido en la habitación de Rita.)* ¡Calla! Y ve por lo que te he dicho.

PEDRO.—Señor. *(Pedro hace mutis a la habitación de Teodoro, saliendo inmediatamente, con abrigo, maleta, etc., de éste. Así que ha desaparecido Pedro, sale* RITA *de su cuarto.)*

TEODORO.—*(Al verla.)* ¿Pero chica, ya vuelves?

RITA.—Abuelo, vengo a hablar contigo.

TEODORO.—¿No tienes tiempo mañana?

RITA.—No me abandones... Mira que todos están contra mí.

TEODORO.—¿Contra tí?

RITA.—Para casarme con ese tonto de Gonzalo...

TEODORO.—¿Pero no le quieres?

RITA.—Antes de llegar tú, estaba resignada. Yo creía que todos mis sueños eran locuras... Pero viniste, te he oído hablar... Y he visto que somos iguales... Nos ahogamos en este ambiente...

TEODORO.—Rita, tú exageras.

RITA.—No exagero, no... Abuelo, yo no puedo vivir aquí. ¡Llévame contigo!

TEODORO.—¿Conmigo?

RITA.—De cocinera, de ama de llaves, para cuidarte la casa...

TEODORO.—¡Estás loca!
RITA.—Mira, abuelo, tú ya no eres ningún joven.
TEODORO.—¿Por qué no, hija, por qué no?
RITA.—Porque eres mi abuelo.
TEODORO.—Bueno, deja eso de los años. No soy joven. ¿Y qué?
RITA.—Que te he oído hablar de las mujeres con una emoción nunca he visto en Gonzalo... Y yo quiero un marido que sienta co sientes.
TEODORO.—Mira, Rita; no son horas de que yo me convierta en te de matrimonios. Mañana hablaremos con tus padres.
RITA.—¡No me abandones!...
TEODORO.—No, mujer... Duerme tranquila.
RITA.—Ya sabes... Mañana...
TEODORO.—Sí, mañana...
RITA.—Gracias, abuelo guapo.
TEODORO.—¡Calla! Ya vuelven. *(Salen* DOÑA ROSA *del brazo de* TÁRSILA, TERESA *y* GONZALO.)
ROSA.—Ahora fumen, fumen aquí los caballeros sus habanos. me gusta el aroma, siendo buen tabaco, y además da sensación de qu hombres en la casa... ¡En cambio, esas mujeres que fuman!... Afortu mente ninguna mujer de mi familia fuma, ni se ha cortado el pelo. *se pone muy colorada.) (A Teodoro.)* ¿Hablaste con Pío?
TEODORO.—No.
PÍO.—Ahora me dará papá sus instrucciones para que yo pueda mañana a Sevilla.
TEODORO.—¡Que no, hombre, que no!
ROSA.—Lo he reflexionado. Iré contigo.
TEODORO.—¿Tú, mamá? Mira que hay que atravesar Despeñap Y es muy peligroso Despeñaperros. Desde luego, Pío no puede ir co cara.
ROSA.—Se despeñaría.
TEODORO.—No, pero si en Sevilla le ven así vestido, se cae la G del susto.
ROSA.—¡Nada! No me convences. Estoy decidida. Saldremos p mañana.
TEODORO.—¡Pero si es un viaje espantoso!
ROSA.—Veremos de paso Córdoba y Granada, arreglaremos tus tos y...
RITA.—Abuela, llévanos a todos.
TEODORO.—¿A todos? (La catástrofe.)
TERESA.—Sería magnífico. Ver Sevilla.
TEODORO.—¿Sevilla en verano con el calor que hace allí? ¡Sería charrarse!
RITA.—Las noches junto al río.
TEODORO.—¿Pero si ahora va seco?
RITA.—Conoceríamos las gentes de Sevilla, tan simpáticas.
TEODORO.—En esta época no hay nadie allí. Se van todos a ver y no quedan más que los serenos y eso porque salen de noche. *(Pase tado.)*
ROSA.—¿Pero por qué te paseas como un león en su jaula?
TEODORO.—Estoy nervioso, mamá.
ROSA.—Tú me ocultas un secreto.
TEODORO.—Pues bien, sí. Escuchadme: mi secreto consiste en me he comprado en Sevilla una quinta de recreo. Ya lo sabéis todo.

PÍO.—Lo sabíamos hace días.

TEODORO.—¿Lo de la quinta también? Pues ahora os diré que está to al río.

RITA.—Allí nos iremos todos.

TEODORO.—No. No puede ser. Hay una humedad terrible. Le sale sgo hasta al papel secante.

PÍO.—Ahora que habrá ganado con la corta de Tablada y el río naveble, la venderemos muy bien.

TEODORO.—¿Venderla? ¡Eso nunca! No lo consentiré.

PÍO.—¡Es preciso!

TEODORO.—Inténtalo y veremos.

ROSA.—Basta de discusión. *(Suena un reloj.)* Es la hora de irse a acos-r. *(Todos se levantan.) (A Teodoro.)* Tiempo tienes hasta mañana para nquilizarte...

TEODORO.—Si estoy tranquilo. *(Pasea nervioso.)*

ROSA.—¿Es esa la habitación de Teodoro?

TÁRSILA.—Sí, ésa.

TEODORO.—*(A Benedicto.)* Supongo que no vendrá a escuchar en mi erta como cuando era niño. Hasta que me casé no dejó un dia de hacer, a ver si yo dormía.

ROSA.—*(Da su mano a besar a todos.)* Adiós, Teodoro... Rezaré por ti... ahora, hijos míos, saludemos a nuestros antepasados. *(Inclinándose te los retratos con reverencia de corte.)* Monseñor. *(Al Cardenal.)* Noble ma. *(A la mofletuda.)* Bravo caballero. *(Al Adelantado.)* Al volver a sesionarnos de nuestro castillo, os saludamos con gratitud.

BENEDICTO.—Abuela; eso es el pasado.

ROSA.—Para nosotros es también el presente. Hemos llevado un nome sin mácula, y ya que el pueblo alardea de que gana el pan con el sudor, eciso es que nosotros recordemos a nuestros antepasados que reunieron fortuna que es vuestra.

PÍO.—Abuela, el sudor del pueblo es noble, porque siembra el trigo.

ROSA.—Pues ¿y el sudor de los nobles que ganaron la tierra donde se a? Con sangre y sudor hicieron nuestra patria. Eso es más que noble: Es santo!

RITA.—Abuela, ven.

PÍO.—Te acompañaremos hasta tu habitación.

ROSA.—Sí... Ahora... Que durmáis bien, hijos míos. *(Todos hacen mutis compañando a Doña Rosa por primera derecha. Dos criados han entrado su tiempo con candelabros encendidos y les acompañan.)*

TEODORO.—*(Que queda solo en escena.)* ¡Gracias a Dios! *(Se sienta en a mesa para escribir.)* Le dejaré una carta a Pío. «Respetable y querido hijo Pío: Tú no quieres vivir, pero yo sí. Quédate en el castillo, con nuestros mayores. Te cedo el puesto de cabeza de familia y tomo el tuyo y me argo. Os abraza a todos cordialmente vuestro padre... Teodoro.» *(Sale PEDRO por el foro izquierda.)* ¿Qué?

PEDRO.—Todo dispuesto, señor. Andrés espera en el camino.

TEODORO.—Ahora voy.

PEDRO.—¿Pero se va el señor de noche?

TEODORO.—He de volver cuanto antes. ¿Sabes tú quién me espera en Sevilla?

PEDRO.—Sí... ¿Cómo está la señorita Angustias?

TEODORO.—Querido Pedro. La señorita Angustias no es señorita. Es mi mujer.

PEDRO.—¿Se ha casado el señor?

TEODORO.—Hace cuatro años... Tenemos ya una hijita. ¿Compre
por qué quiero irme al momento?

PEDRO.—¡Cuando don Pío se entere! ¡Cómo se va a poner!

TEODORO.—Dale esta carta. *(La que escribió.)*

PEDRO.—Y ¿qué le digo a la señora madre del señor? De seguro vi
a ver si el señor está dormido...

TEODORO.—Bueno, pues acuéstate en mi cama, cierra la puerta y r
ca lo más fuerte que te sea posible. Veremos si habla la voz de la san

PEDRO.—Pero...

TEODORO.—¡Adiós! *(Desaparece por el foro izquierda.)*

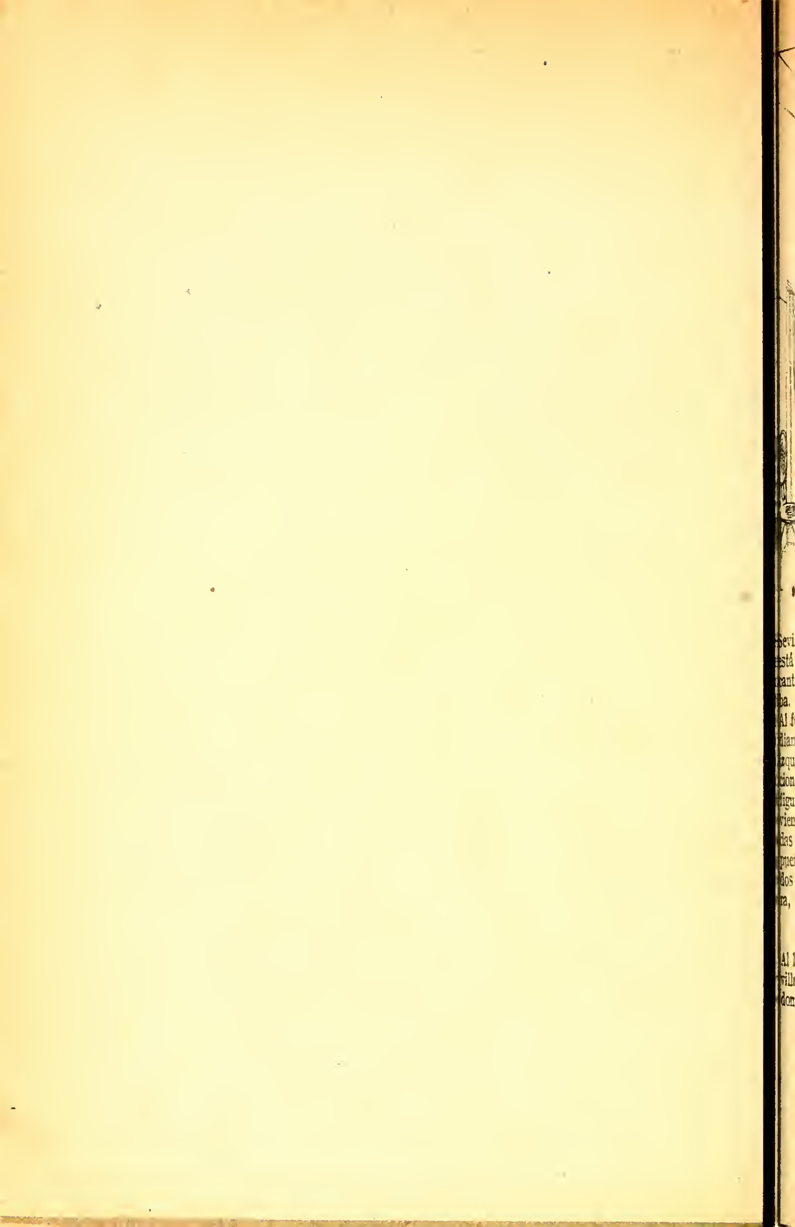
PEDRO.—Feliz viaje, señor. *(Pedro coge el candelabro que hay en
mesa y hace mutis a la habitación que tenían dispuesta para Teodoro. Fu
se oye la bocina del «auto» en que éste se va. A lo lejos suena muy qued
triste una campana.* DOÑA ROSA *sale por la primera derecha y va a la pu
donde cree duerme su hijo: escucha.)*

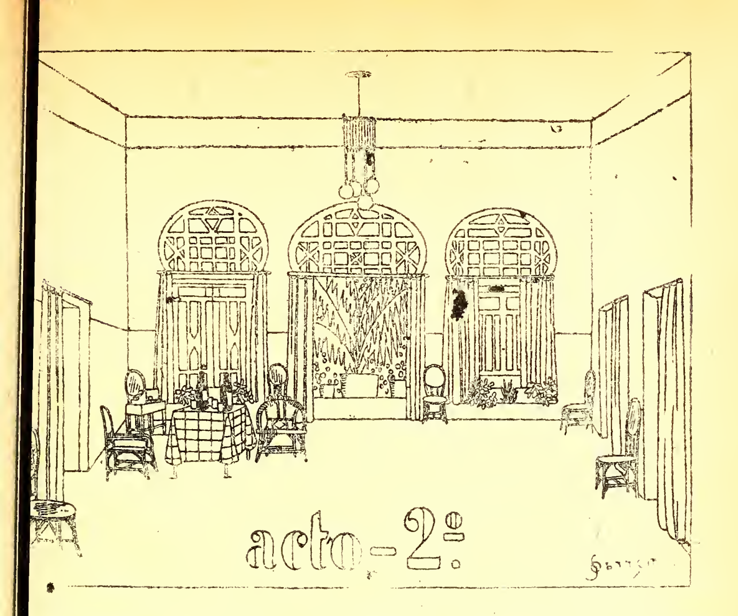
ROSA.—¡Cómo ronca!... *(Con ternura.)* ¡Pobre muchacho!... Duer
hijo... Duerme.

TELÓN



ACTO SEGUNDO





evilla. En casa de TEODORO y ANGUSTIAS, su mujer. Una casa donde tá alegre hasta el canario, y donde todos son canarios, porque todos ntan: el ama, la criada y las visitas. TEODORO, que tiene mala voz, sil- a. La habitación, donde el acto transcurre, es un patio típico andaluz. l foro gran puerta y dos grandes ventanales, por donde entra el sol ra- iante de un hermoso jardín que todo en él son flores, luz y alegría. A la quierda dos puertas que comunican, la primera con la cocina y habita- ones interiores; la segunda, con el gabinete. A la derecha otra puerta que gura ser el despacho de DON TEODORO. Las entradas de todos los que ienen de la calle son por el foro izquierda. Teniendo en cuenta que to- as las habitaciones interiores tienen comunicación con el jardín. En las uertas y ventanas, alegres cortinas de cretona, y al pie de cada ventana, os jardineras cuajadas de macetas de flores, claveles, hortensias, etcéte- a, etcétera. Sillería de medula. A la derecha, mesita con máquina de escribir. Es por la tarde.

l levantarse el telón está en escena LUISITO CAÑAVERALES, un joven se- illano guapísimo; a su lado, JOSELILLO, otro joven de la tierra. CARIDAD, oméstica andaluza también, les sirve unas copas de oloroso. Los tres cantan constantemente en voz baja y por turno.

CARIDAD.—Laro liro liro liro... ¿Otra copita, señorito Luis?
LUIS.—Tiro riro riro riro... Sírvela.
CARIDAD.—Laro liro liro liro... ¿Y osté, señorito José?

JOSÉ.—Tiro liro liro liro... ¡Venga!

CARIDAD.—Laro liro liro liro... ¿Me la llevo? *(Por la botella.)*

LUIS.—Tiro tiro riro ririro... Déjala por si acaso.

CARIDAD.—¿Está güeno, verdá?

LUIS.—¿Tú qué sabes?

CARIDAD.—Lo probé en una convalesensia... Y estoy deseandit nerme mala otra ve.

JOSÉ.—¿Oyes la niña ésta?

LUIS.—Es Muñosequista.

JOSÉ.—Di más bien Alvarezquinterista.

CARIDAD.—¿Les he dicho a ustés que la señorita saldría en segu

JOSÉ Y LUIS.—*(Con interés.)* ¿En seguida?

CARIDAD.—...En seguía que volviera el señor.

JOSÉ Y LUIS.—*(Decepcionados.)* Ah...

LUIS.—¿No está en casa Don Dorito?

CARIDAD.—¿Se han oído arrullos de carisias?

LUIS.—No...

CARIDAD.—Pos no está.

JOSÉ.—¿Qué? ¿Siguen los dos como dos tórtolos?

CARIDAD.—Como que aquí no paramos las muchachas porque a serví en esta casa y entrarle a una gana de casarse es to uno. *(Se dentro besos muy fuertes y a* ANGUSTIAS *que dice.)*

ANGUSTIAS.—*(Dentro.)* ¡Pché! ¡Vida! ¡Pché! ¡Encanto! ¡Pché! ¡M sero! ¡Pché!

LUIS Y JOSÉ.—*(Dando un salto a cada beso.)* ¡Mi madre!

JOSÉ.—¡Su padre! *(Salto.)*

LUIS.—¡Su abuela! *(Idem.)*

JOSÉ.—¡Arrea!

LUIS.—¡Ya está ahí Don Dorito!

CARIDAD.—No... No es él... Es que la señorita está besando a su *(Lo ha visto por la lateral izquierda.)*

JOSÉ Y LUIS.—*(Tranquilizándose.)* ¡Ah!

CARIDAD.—Y que no es pa menos la niña... Un arcángel... ¡Clar quieren tanto los señores...

LUIS.—¡Demasiado!

JOSÉ.—Un matrimonio así, hase la mar de vírtimas.

CARIDAD.—Lo que yo digo. Los quiere uno imitar, se casa y lue

ANGUSTIAS.—*(Sale canturreando el fandanguillo como es de rigor una mujer joven, bonita porque Dios quiere, atractiva y simpática. Vist traje muy joven, de tonos claros, con cierta elegancia española.)* Tra lo liro lero...

CARIDAD.—¡La señorita!

ANGUSTIAS.—Buenas tardes, Luis Cañaverales. Salú, José Lillo. peran ustedes a Dorito?

LUIS.—Esperamos a su esposo y hemos venío de paso a ver la M rena.

ANGUSTIAS.—Santiguarse entonses...

JOSÉ.—Mira, Luis. Mira esa cara de satisfacsión.

LUIS.—Sinco años de luna de miel y desalá esperando a su ma

ANGUSTIAS.—¿A quién quiere usté que espere, al de las sédulas?

LUIS.—Pero Angustias, ¿va a poder ser que esto dure toda la v

ANGUSTIAS.—¿El qué, hombre de Dios?

LUIS.—Esa alegría, que se le sale a osté por los ojos, esas felisidá tienen ustedes aquí, no digo yo por carros, por autocares.

ANGUSTIAS.—¿Y qué de particular tiene que yo quiera a un hombre tanto vale?
JOSÉ.—Dise que no tié na de particular y son los dos el asombro de ya.
LUIS.—Mire usté paisana; cuando llegó usté con su marío a esta ben- tierra, se habló de ustés en cormaos, cafés y casinos más que del auto- de Lacierva; quién más, quién menos, ca uno se hasía ilusiones: «que sa mujé es una perita en durse». «Que a los tres meses han reñío».
ANGUSTIAS.—¿Y qué más?
LUIS.—Que pasó un día y otro y usté acaramelada con su marido... asaron meses y más acaramelada... y va pa sinco años y todavía dura aramelo. ¿Quiere usté desirme qué tiene Don Dorito para que se haya chalao así por él, no siendo un muchacho?
ANGUSTIAS.—Pues eso, presisamente, que no es un muchacho insus cial, sino un hombre que siente y piensa. Y no quiero yo más gloria ese cariño suyo.
LUIS.—¿Es eso todo?
ANGUSTIAS.—Todo. Y además que yo soy una mujer desente. ¿Está prendido?
LUIS.—¡Como para radiarlo por toda Seviya!
ANGUSTIAS.—¿Y qué? ¿Se quedan ustedes a cenar con nosotros? Es- también Rentero.
LUIS.—¿Ese cataplasma? Reñimos de seguro.
ANGUSTIAS.—¿Por qué han de pelearse todos los días?
LUIS.—Perdone usté, Angustias. Es mi secreto.
ANGUSTIAS.—¿Tiene usté secretos con Rentero?
LUIS.—¿Por qué lo dise?
ANGUSTIAS.—Porque también los tiene Dorito. Desde anoche, en que vió de su viaje a Segovia, no hasen más que enserrarse los dos y char- charlar sin descanso.
LUIS.—Negosios, de seguro.
ANGUSTIAS.—No sé. Dorito ha vuelto nervioso de su viaje.
JOSÉ.—La impasiensia natural.
LUIS.—Si yo tuviera una mujé como usté que me esperase en casa, no iría de ella ni para cortarme el pelo.
ANGUSTIAS.—*(Con alegría.)* Ahí está mi marido.
TEODORO.—*(Entra del jardín: viene elegantemente vestido de verano. ba bajo una canción. No trae sombrero.)* ¡Hola! ¿Ha venido Rentero?
ANGUSTIAS.—¡No ha venido Rentero! ¿Pero tú cómo sales sin nada a cabesa con este calor?
LUIS.—Yo lo admiro. A mí me daba un tabardillo que me caía redondo.
TEODORO.—A mí no me hace nada, amigo Cañaverales. ¡Hola, José o!
JOSÉ.—Felises, Don Dorito.
TEODORO.—*(A Angustias.)* ¿De modo que Rentero...?
ANGUSTIAS.—No ha venido aún. ¿Quieres que te haga factura?
TEODORO.—Yo no quiero que mi mujercita se moleste... Que para eso la más bonita de Sevilla...
LUIS.—*(Aparte a José.)* Oye tú... Vámonos.
JOSÉ.—Aquí se estorba.
LUIS.—(Camará con er matrimonio. Están como pa ser Eva y Adán vivir en el Paraíso rodeaos de animales.)
JOSÉ.—Pues vámonos antes que nos repartan ese papel.
TEODORO.—¿Se van ya?...

Luis.—Aquí a la sala... Volveremos... *(Mutis los dos por lateral seg da izquierda.)*

Caridad.—*(Aparte.)* (San Antonio, un hombre así y te pongo flo toa tu vía.) *(Mutis.)*

Teodoro.—*(Ha encendido un cigarro, Angustias coge otro y dice; rien a Teodoro, colocándose delante de él.)* ¿Fumas?

Angustias.—¡Dame fuego, guasón!... *(Lo enciende en el de Teod Están frente a frente, sonriendo.)*

Teodoro.—¡Qué ojos tienes!

Angustias.—No me mires, indino, que me echo a reír y se me olv que hemos reñido antes de comer.

Teodoro.—Pues si hemos reñido antes no es cosa de seg ahora...

Angustias.—Qué pillo eres. ¡Ah! Oye. No me has contado detalles tu viaje.

Teodoro.—¿Qué prefieres que te cuente, lo de la viajera rubia o de la morena? *(Burlón, alegre.)*

Angustias.—No, hombre, no. Habla en serio. Tú recibiste un teleg ma misterioso, saliste presipitadamente para Segovia y hasta ahora me has dicho ni una palabra de lo que ocurrió.

Teodoro.—Tonterías de familia.

Angustias.—Serán tonterías, pero tú te has pasado dos horas ense do con Rentero, hablando de ellas. ¿Cómo encontraste a tus niños?

Teodoro.—¿Qué niños?

Angustias.—Tus hijos Pío y Benedicto...

Teodoro.—¡Ah! Como decías niños.

Angustias.—¿Y qué van a ser? ¿No me has dicho que tienen die doce años?

Teodoro.—¡Ah, sí!... Naturalmente.

Angustias.—¿Cómo está Pío?

Teodoro.—Pío... ¡Muy mono!

Angustias.—¿Y Benedicto?

Teodoro.—¿Benedicto? ¡Monísimo!

Angustias.—¿No les habrás dado más besos que a nuestra hija, ¿

Teodoro.—¿Más besos? No. Te lo aseguro.

Angustias.—¿Le dejaste a Benedicto el tambor que te di para él?

Teodoro.—Sí, hija. Ya lo creo.

Angustias.—¿Y cómo se quedó?

Teodoro.—Tocando el tambor.

Angustias.—¿A Pío le habrán gustado mucho las castañuelas?

Teodoro.—Le volvieron loco.

Angustias.—¿Y qué hiso cuando se las distes?

Teodoro.—Pues... Ponerse a bailar «¡Las castigadoras!» *(En el cua contiguo se oye tocar un charlestón.)* Ya está Cañaverales tocando el ch lestón. Ven y ensayaremos para el próximo carnaval. *(La toma en brazos y bailan.)*

Angustias.—*(Riendo.)* Qué loco eres... y qué bien bailas...

Teodoro.—*(Parándose de pronto en el baile y dándole un beso en pelo.)* Y tú... ¡Qué bien hueles a flores!

Angustias. ¡Ay! *(Le devuelve el beso, respira profundamente y dicicendo.)* Ahora sí que se fué del todo mi malhumor.

Teodoro.—¿Malhumor? Haberte contemplado al espejo. Yo no sé que hay en ti que mirándote vuelve la alegría. La vida es hermosa d pués de conocerte.

ANGUSTIAS.—No... Es hermosa en la sonrisa de nuestra pequeña y en seguridad que tengo de tu cariño. *(Se besan.)*

FRASQUITO.—*(Apareciendo por la lateral primera izquierda.)* Güeno rito, pa que nos entendamos. ¿Er baúl que tengo que buscar es e de o el mediano?

TEODORO.—*(Suelta a Angustias y grita furioso.)* El baúl grande he o. ¡Vete al demonio!

FRASQUITO.—Está bien, señorito. No es cosa de que por eso tengamos s palabras. Er baúl grande. *(Mutis por donde salió.)*

ANGUSTIAS.—¿Pero cómo? ¿Acabas de llegar y mandas haser el baúl?

TEODORO.—Sí, hijita, sí. Precisamente te quería hablar de esto... ¿No as fijado tú en que la niña tiene unos granitos?

ANGUSTIAS.—No... ¿Dónde?

TEODORO.—Así... En el cuello... Son microscópicos. No se les distin- a primera vista, pero los tiene.

ANGUSTIAS.—Del calor, seguramente.

TEODORO.—Y yo he pensado que, para evitarlos, nos podríamos ir... a playa... ahí cerca...

ANGUSTIAS.—¿Sí? ¿A Sanlúcar?

TEODORO.—No, mejor a San Juan de Luz.

ANGUSTIAS.—¿A San Juan de luz?

TEODORO.—¡Es precioso! Mira, mañana mismo nos vamos.

ANGUSTIAS.—Pero no te acuerdas de que esta noche tenemos fiesta: en todos los pollos de Sevilla a tocar junto al río la serenata que han puesto Cañaverales y Lillo.

TEODORO.—De todos modos, la niña es lo primero. Créelo, hija. ¡A San n de Luz!

ANGUSTIAS.—¿Pero tan lejos?

TEODORO.—Bueno, si tú prefieres al Japón. .

ANGUSTIAS.—Qué cosas tienes.

CARIDAD.—*(Entra por el foro.)* ¡Ejem! ¡Ejem! *(Tose mucho para ad- ir.)*

TEODORO.—¿Qué hay?

CARIDAD.—El señor Rentero que ha llegado.

TEODORO.—*(Respira.)* ¡Por fin! Que entre a mi despacho en seguida.

CARIDAD.—Bien. *(Hace mutis.)*

ANGUSTIAS.—¡Ya le tienes ahí! Ya puedes hablar de esos secretos que í me ocultas.

TEODORO.—Pero cómo, ¿secretos yo para ti?

CARIDAD.—*(Vuelve a entrar.)* Se me olvidaba, señó. ¿Cuando venga artero, le digo también que el señó está de viaje, como me ha dicho el ó que le diga a tos los que vengan?

TEODORO.—¡No! *(Furioso.)* ¡Vete de una vez!

CARIDAD.—¡Ay, señó!; que voses da el señó. Perdone el señó. Lairo lairo o lairo. *(Mutis por el jardín, canturreando.)*

ANGUSTIAS.—Oye, Dorito... ¿A quién esperas tú que no quieres resibir?

TEODORO.—Cosas de Caridad, que tiene más imaginación que un pe- llero. ¿A quién voy a esperar yo? Figúrate tu, hijita. Lo sabrías... Te hubiese dicho... te... Bueno, me voy, que está esperando Rentero... *utis derecha.)*

ANGUSTIAS.—Sí, sí... Vete... *(Llama al timbre.)*

CARIDAD.—*(Por el jardín.)* ¿Llamaba la señorita?

ANGUSTIAS.—¿Qué es lo que te ha mandado el señor?

CARIDAD.—Que no dejase entrar a nadie sin anunsiar, y que si viene

un señor Jiménes del Pinar y Toro de no sé donde, que le diga que e
ñor está en Filipinas.

ANGUSTIAS.—Está bien. Puedes irte.

CARIDAD.—Servidora. *(Mutis.) (Entra* RENTERO *por el foro.)*

ANGUSTIAS.—¿Pero no está usted en el despacho, Rentero?

RENTERO.—Salí un poco al jardín a jugar con su chiquitína... ¡
preciosa está!... ¡Toda a su madre!

ANGUSTIAS.—Grasias, Rentero. Dorito ha ido al despacho. Le es
a usté con impasiensia. ¿Le trae usté notisias agradables?

RENTERO.—Yo procuro traer siempre buenas noticias. ¿Es que
de mal humor?

ANGUSTIAS.—*(Decidida.)* Oiga usté, Rentero. Yo quiero saber el a
to que le hizo ir a Segovia. Presiento que también me atañe.

RENTERO.—*(Confuso.)* No... Se trata de no sé qué reparto de
tierras, de un tío... que murió... Eso es...

ANGUSTIAS.—El me aseguró que iba sólo a ver a sus dos hijos, P
Benedicto, de diez y doce años.

RENTERO.—¿Diez y doce años? Eso sería antes... Yo creo que...
de que tengan alguno más. Yo mismo, ya ve usted, tengo ahora tre
primaveras y veintiocho veranos.

ANGUSTIAS.—¿Cómo es eso? ¿Y las demás estasiones no las cu
usté?

RENTERO.—Me guardaré muy bien. Suele hacer muy mal tiempo
ellas. Dorito es como yo: rechaza el lado triste de la vida.

ANGUSTIAS.—Sí... Echelo usté a broma, pero usté conose los secr
de mi marido y no me los quiere desir... Todos los hombres son ustede
mismo.

TEODORO.—*(Sale por la derecha.)* ¡Rentero! Pero ¿dónde te metes, h
bre? *(A Angustias.)* ¡Ah! ¿Estaba contigo?

ANGUSTIAS.—Ya te lo dejo... Me voy con mi niña.

TEODORO.—Dale un beso mío. *(Mutis Angustias por el jardín. Ap
sale ella va hacia Rentero, y le dice:)* ¿Qué te ha preguntado?

RENTERO.—Lo que te ocurre. No sospecha nada.

TEODORO.—¿Fuiste a los hoteles a saber?...

RENTERO.—Sí. No están en ninguno.

TEODORO.—Pues en el exprés tampoco han llegado, a Dios gracias.

RENTERO.—Ya verás como no vienen.

TEODORO.—Si me diesen tiempo de escapar. He mandado hacer los b
les y en cuanto sepa que han llegado tomo el tren con Angustias y co
niña. Comprendo que es una huída cobarde, como es una cobardía o
tarle a Angustias la familia que tengo; ¡pero temo tanto que destruyan
felicidad!... ¿Qué pensaría Angustias si supiera que tengo por hijos dos
ñores graves? *(Toca el timbre.)*

RENTERO.—Eso deberías haberlo previsto con tiempo.

TEODORO.—Yo no he tenido tiempo más que para vivir y he vivid
quiero seguir igual.

FRASQUITO.—*(Entrando por la izquierda.)* ¿Qué desea el señor?

TEODORO.—Que preparen el auto.

FRASQUITO.—¡Bien está! *(Mutis foro izquierda.)*

RENTERO.—¿Pero vas a salir?

TEODORO.—Voy al Gobierno a leer las listas de las personas llegad
Sevilla. Hay que estar en todo.

FRASQUITO.—*(Por donde se fué.)* Señor... *(Le hace guiños.)* Ahí est
Una...

EODORO.—¿No te he dicho que no estoy para nadie?
RASQUITO.—Es que... como es bastante guapa... y joven y... Vamos mí me ha paresío que es de resibo, señor.
ITA.— *(Entrando.)* ¡Pero si soy yo! *(Se le echa al cuello.)*
RASQUITO.—(No quería resibirla y le abrasa. Si cuando yo digo...) *is.)*
EODORO.—*(Como loco.)* Pero, ¿tú aquí? ¿Tú? Vete en seguida.
ITA.—¿Qué dices?
EODORO.—Rentero. Ve a entretener a Angustias... Antes de dejarla , que pase sobre tu cadáver.
ENTERO.—Voy al jardín... Pero... (Dios mío, qué contratiempo.) *tis por el jardín.)*
EODORO.—¿Vienes con toda la familia, verdad?
ITA.—¡No! ¡Vengo sola!
EODORO.—Menos mal. Pero mal de todos modos. ¿Cómo has venido?
ITA.—Escapándome, lo mismo que tú.
EODORO.—¿No te dije que no hicieses tonterías?
ITA.—Es verdad; pero me inspiró confianza, al día siguiente, ver que acías tú también.
EODORO.—¿Y vienes a mi casa? ¿A mi casa?
ITA.—¿Me echas? Me iré sin decirte lo que pasó después de la huída de via.
EODORO.—¡Eso no! Cuenta... De prisa. ¿Mi hijo Pío?
ITA.—Furioso con tu carta, la leyó en alta voz. Todos paseaban como s enjauladas; de pronto, la abuela Rosa se impuso, diciendo: «Mañana siete, a Madrid y por la noche, todos a Sevilla.»
EODORO.—¿Toda la familia viene?
ITA.—Todos no. A Gonzalo, al ama de llaves y a mí nos enviaron a de mi tía Juana, en Segovia; pero al llegar al Azoguejo, en el coche yo guiaba, les dije a los dos: «¡Bájense que el radiador no tiene agua!» icieron, y cuando me vi sola en el auto, pisé el acelerador y en dos ho- cuarto en Madrid. Encerré el auto en un garaje, tomé el exprés y aquí tienes.
TEODORO.—¡Todos en Sevilla!
RITA.—Lo más tarde, mañana están aquí.
TEODORO.—Bueno. ¿Y tú? ¿Qué hago yo contigo? Porque mañana por añana me marcho de viaje.
RITA.—Llévame.
TEODORO.—No puedo.
RITA.—No te importe no vivir solo. Yo acepto a la persona que me entes, y diciendo que soy tu nieta...
TEODORO.—¡A cualquier hora le digo que eres mi nieta! ¡Un demonio!
RITA.—¿Por qué?
TEODORO.—Me envejecerías.
RITA.—Pues di que soy tu mecanógrafa.
TEODORO.—Eres demasiado guapa.
RITA.—Me arreglaré mal, me pondré tus gafas. Ya verás. ¡Anda, abuelo. a que sólo te tengo a ti en el mundo! Que eres el único que me compren- . Sé bueno. Déjame ser tu mecanógrafa.
TEODORO.—Déjate de líos de vaudeville. Angustias descubrirá que no es escribir, y tendrá celos, y. .
RITA.—¿Que no sé escribir? ¡Ahí tienes una máquina! Ahora verás. tame algo.
TEODORO.—Pero mujer.

RITA.—*(Sentándose a la máquina, pone papel y adopta la actitud d canógrafa.)* ¡Anda!...

RENTERO.—*(Entra como un loco.)* ¡Viene! ¡Viene Angustias! In ble detenerla. Yo me escapó.

TEODORO.—Pero...

RENTERO.—*(Mutis derecha.)* ¡Adiós!

RITA.—¡Díctame pronto!

TEODORO.—¡Voy! ¡Voy! *(Hace que dicta. Rita figura que escribe a samente. Entra* ANGUSTIAS *y ve el grupo asombrada.)*

ANGUSTIAS.—¿Eh? ¿Pero qué hases aquí, Dorito?

TEODORO.—Ya lo ves. Dictando a mi mecanógrafa.

ANGUSTIAS.—¿Tu mecanógrafa?

TEODORO.—Que el carbón (coma) desarrollase mayor fuerza al en ascuas.

ANGUSTIAS.—Oye, ¿pero tú estás?...

TEODORO.—*(Dictando.)* En ascuas (coma) al convertirse el Manza en navegable, para buques de alto bordo (coma) y gran calado...

ANGUSTIAS.—Teodoro, tú me engañas.

TEODORO.—*(Dictando.)* ¡Calado!... «¡Es de notar que en el proyec hay presas...»

ANGUSTIAS.—¿Me quieres decir a qué viene esto?

TEODORO.—¿Qué decías?

ANGUSTIAS.—Que no consiento una mecanógrafa guapa. ¿Lo oye

TEODORO.—Sí; pero...

(Rita se pone bizca y una cara rara al mirar a Angustias.)

ANGUSTIAS.—Despídela.

TEODORO.—¡Ah!, sí... Ahora... Robustiana... Váyase a mi despacho

RITA.—Señor... Señora... *(Al levantarse para irse va encorvada y co*

TEODORO.—Habrás observado que es un adefesio; pero si vieras prisa que escribe, a pesar de ser coja...

ANGUSTIAS.—No sé lo que tenga que ver, pero no me hase grasia es

TEODORO.—Pero boba... ¿Por qué tienes esas dudas? Esa pobre chacha, si me apuras mucho, casi podría ser mi nieta.

ANGUSTIAS.—¿Tu nieta? Estás loco. Tu hermana, si acaso... No, Do no... Tú estás muy joven para que yo consienta en casa caras bonitas.

TEODORO.—Si no hay en Sevilla más mujer bonita que tú... ¡Tú!...

ANGUSTIAS.—No te perdono hasta que no le des un beso a nuestra

TEODORO.—Vamos allá. Y otro a ti, para hacer mayor el castigo... *(tis los dos por el jardín.)*

RENTERO.—*(Sale con* RITA.) Vamos, hija, no te pongas de ese m Todo se arreglará. Tu abuelo acabará por deshacer esta madeja de líos ha armado. Y tú podrás decir que eres su nieta...

RITA.—No. *(Lloriqueando.)* Señor Rentero.. Mi abuelito no confiesa lo es aunque lo maten... Y si no confiesa, ¿qué va a ser de mí? Porq viene mi familia no me salva ni la mecanografía.

RENTERO.—¡Pero, chica!...

RITA.—Soy muy desgraciada... *(Apoyándose en él.)*

RENTERO.—Vamos... No llores. Ven al comedor. Te daré algo de be ¡Sí ya verás como todo se arregla! *(Mutis izquierda.)*

(Por los cristales del foro han asomado, curiosos, LUIS CAÑAVERA JOSÉ LILLO *y* CARIDAD, *que se asombran mucho, y hasta se indignan d escena que ven.)*

CARIDAD.—¿Pero han visto ustedes qué frescura la del señor Rent

LUIS.—Vamos, que a sus años, ¡y con una muchacha tan bonita!

José.—¿Y quién es ella?

Caridad.—Yo he oído que es la mecanógrafa del señor. Se la habrá mendao er señó Rentero... ¡Claro! La conosería...

Luis.—Pues es una monada de criatura...

José.—Poco que a mí me gustan las mecanógrafas.

Caridad.—Qué cosas tiene el señor. Con las ganas que tenía yo de ser anógrafa y cortarme el pelo a lo garsón. Si me lo llega a desir el señor. tas horas tecleo yo más que un pianista.

José.—*(A Luis.)* Mira a ver lo que hasen en el comedor.

Luis.—*(Se asoma y mira.)* Na. Continuar la película. Sigue yorando en brasos.

José.—¿Pero no pasa de ahí? ...

Caridad.—*(Que se ha acercado también a la puerta.)* La está hasiendo er «oloroso».

Luis.—Martingalas que se trae el tío cosca ese...

José.—A ver.

(Los tres se agolpan a la puerta del lateral. En este momento entran, por *ro,* Frasquito, *conduciendo a* Pío, Társila *y* Benedicto. *Ellos vienen* *histera, chaquet y gabán negros. Ella, de mantilla.)*

Frasquito.—*(Que trae en la mano una gran bandeja con la tarjeta de* *tres.)* Si los señores tienen la bondad de pasar, le daré a mi amo las tar- s.

Pío.—Perfectamente. Aguardaremos.

Luis.
Caridad. } *(Volviéndose, asustados.)* ¡Ah! *(Pequeño grito.)*
José.

Caridad.—¿Quiénes son?

Frasquito.—*(Aparte, a Caridad.)* Ya lo estás viendo. Una mesa de itorio de Semana Santa. *(Esto lo dice extendiendo ante ellos la bandeja.* *e mutis. Sucesivamente, Caridad, Luis y José van haciendo una reveren-* *a los tres y hacen mutis por la izquierda. Pío, Társila y Benedicto contes-* *a la reverencia.)*

Caridad.—*(Reverencia.)* (Qué fachas.) *(Se va tarareando el fandan-* *llo.)*

Luis.—*(Idem.)* (Qué tipos.)

José.—*(Idem.)* (Qué pintas.)

Társila.—*(Al quedar sola con los otros.)* ¿Qué os parece los contertu- s?

Pío.—Lo que tenía que ser: gentuza. Aquí se respira el ambiente del ado. ¡Y este es el hogar de nuestro padre!

Benedicto.—Pues yo no encuentro hasta ahora nada punible.

(Cuando los tres vuelven la espalda a la puerta de la izquierda, sale Rita; *o, al verles, da un grito y escapa por donde salió, sin ser vista.)*

Rita.—¡Ah! ¡Ellos! *(Mutis rápido.)*

Társila.—¿Qué os parece?

Pío.—Esta es la casa de tócame Roque.

Társila.—Y no está mal la casa... ¡Qué reformatorio de muchachas érfanas podría fundarse aquí! Si yo pudiera...

Teodoro.—*(Aparece por el jardín, pálido, pero erguido.)* ¡Ya estáis aquí! ara qué vinísteis, hijos míos? *(Con sincera pena.)*

Benedicto.—Hola, papá, perdona....

Pío.—Adivinábamos que nuestra visita no había de causarte ningún acer.

Teodoro.—Y yo estaba seguro de que vendríais.

TÁRSILA.—A ocuparnos de su bienestar.

TEODORO.—Muchas gracias, Vizcondesa. ¿Pero para qué os habéis lestado? ¿Tomad asiento y decidme de una vez qué es lo que os trae a casa?

PÍO.—Nuestra entrevista es fácil que se prolongue algún tiempo.

TEODORO.—Dispongo de muy poco ahora.

PÍO.—Pues, sin embargo, tenemos que suplicarte... *(Mira a su alrede* Ante todo, una pregunta. ¿Vive en esta casa la persona que?...

TEODORO.—Sí. Esta es su casa.

TÁRSILA.—*(Mira a su alrededor.)* Es preciosa, y el jardín, encant Habrá costado una fortuna.

TEODORO.—Así es... Ha costado mucho dinero. Pero no me habéi cho aún...

PÍO.—Por tu forma de tratarnos ahora y de huír de nosotros en el tillo, comprendemos que estás bajo la influencia de esa persona. Y es peligroso a tu edad.

TEODORO.—Oye, Pío, ¿es muy necesario hablar de mi edad?

PÍO.—Quiero, al recordártela, hacerte ver los peligros que corres. graves peligros!

TÁRSILA.—Nuestra intención es conseguir que salga de esta casa q no debe estar en ella.

TEODORO.—¡Vizcondesa!

BENEDICTO.—¡Társila, es mi padre!

PÍO.—Aunque sea muy doloroso, nos proponesmos salvarte de esos ligros, hasta en contra de tu voluntad.

TEODORO.—¿Eso quiere decir?...

PÍO.—Que si preciso fuera, requeriríamos el apoyo de la ley para pedirte que sigas haciendo locuras.

TEODORO.—*(Cuyo ancho pecho, fuerte y noble, respira profundame* ¿Os atreveríais a ponerme tutela o a declararme pródigo?

PÍO.—Tal vez.

TEODORO.—*(Hace un movimiento peculiar en él, como si fuese a jarle la silla a la cabeza, pero se contiene, rechina los dientes y dice:)* ¡S lo consiento!

BENEDICTO.—Alto ahí. Yo no apruebo, no tomo parte en este as Es nuestro padre.

TEODORO.—¡Déjalos, Benedicto! Gracias. Pero no me hace falta fensa. Me basto y me sobro. Dejadme a solas con Pío unos instantes. perad ahí. *(Señalando a la derecha.)*

BENEDICTO.—Obedecemos. *(Mutis.)*

TEODORO.—*(Se acerca a Pío cuando se han ido los otros, y le dice, riendo abrir su corazón al afecto y la cordialidad.)* Pío, hijo mío. Yo sé tú no alcanzaste en la vida la felicidad.

PÍO.—¿Y quién tiene la culpa?

TEODORO.—El único culpable eres tú, y mi único pecado es olvida a veces de que tengo hijos mayores que son más viejos que yo. Tú, beber un día media botella de *champagne*, caiste enfermo. Yo he be tres sin marearme. Tú nunca pudiste dominar un caballo; yo, a los cuenta años, triunfé en unas carreras.

PÍO.—Eso prueba tu suerte, que ha hecho resaltar más aún mi fortuna. ¿Qué voy a hacer si he nacido así?

TEODORO.—Cuando un hombre no puede alegrarse con su propia v debe buscar su alegría en la vida de los demás. Eso es lo que tú no su te comprender. Véncete ahora, sé dichoso mirando a tu alrededor...

adre, Pío. Alégrate una vez de mi alegría. Escucha, hijo mío; una mu- oven y hermosa me quiere. ¡Me quiere, olvidándose de mi edad, sin r apenas quién soy y de dónde vengo!... ¿No sientes, por una vez, la ía de verme feliz?

PÍO.—Seguramente, si todo eso no fuera contra la razón.

TEODORO.—No hay razón que venza a la realidad.

PÍO.—¿Tú crees en esa realidad?

TEODORO.—¿No ves que la vivo?

PÍO.—Con los años que tienes, habiendo hombres jóvenes?

TEODORO.—¿Qué dices, Pío?

PÍO.—Pensamos de diferente modo. Yo, en tu caso, me formularía la iente pregunta: ¿Me querría esa mujer lo mismo si no dispusiera de ios de fortuna?

TEODORO.—¿Qué dices? ¡Me das lástima!

PÍO.—Acaso porque la vida me lo ha negado todo, veo más claramen- realidad. Apenas llegué a Sevilla me he informado de los joyeros que recuentas. Hace tres años gastaste en joyas diez mil pesetas; hace treinta mil; el año pasado, cerca de las cincuenta. Y es una experien- antigua; cuanto más se duda del cariño de una mujer, más joyas se egalan.

TEODORO.—Ya hemos hablado de sobra... ¡Basta! *(Abre la puerta la- y llama.)* ¡Benedicto!

BENEDICTO.—*(Saliendo con* TÁRSILA.*)* ¿Terminasteis?

TEODORO.—¡Sí! ¡Llévate a tu hermano! ¡Que yo no le vea! Antes de me amargue con su amargura... ¡Llévatele a un desierto, que es don- puede estar!

TÁRSILA.—¿Pero qué hizo para tratarle así?

TEODORO.—No es culpa suya... ¡Y le compadezco por ser de ese modo!

PÍO.—Estoy ya acostumbrado a que no me comprendas.

TÁRSILA.—Seguramente, todo lo que dijo es por su bien.

TEODORO.—¡Sí! ¡Sí! *(Con toda su alma.)* ¡Pero marchaos todos bendi- de Dios!

TÁRSILA.—*(Replicando airada.)* Permita usted...

BENEDICTO.—¡Calla! ¡Es mi padre! *(Enérgico.)*

PÍO.—Bien. Hasta mañana esperamos tu decisión. *(Salen Társila y él y graves y muy dignos. Benedicto se acerca a Teodoro, le aprieta la mano efusión y le dice.)*

BENEDICTO.—Muy bien, padre. ¡No te dejes vencer! *(Mutis.)*

TEODORO.—Ni lo pienso, hijo mío. ¡Gracias!

RENTERO.—*(Que les dejó paso.)* ¡Cómo salen tus hijos! Pío sobre todo.

TEODORO.—¡Es un desdichado! *(Preocupado.)* Oye, Rentero... ¿Por é crees tú que he ocultado yo a Angustias esta familia que tengo y a familia nuestro casamiento?

RENTERO.—No sé, Teodoro... Yo me figuro que por tu edad... Cuan- no somos niños nos avergüenza un poco sentir ilusión.

TEODORO.—¡Ah! ¿De modo que tú, como mis hijos, piensas que a mi ad es una ridiculez sentir una ilusión?

RENTERO.—No, amigo Teodoro. Yo te juro... No creas eso de mí... quise recordarte tu edad.

TEODORO.—Pero tú, y mis hijos, y los amigos, y todo el mundo, no éis otra cosa que hablarme de los años que tengo. Hasta hoy teníais acto de rehuir toda alusión, pero por lo visto ha llegado el momento de esa verdad. Y mis hijos me llaman viejo, y tú también, y pronto me dirá Angustias, seguramente... ¡Viejo!... ¡Viejo! Como si no mereciese

que me perdonaseis este pecado de olvidar que lo soy, en bien de dos.

RENTERO.—No me perdonaré nunca, querido Teodoro... Estoy de do... ¿Cómo pude yo decirte esa tontería?... Voy a llamar a Angus ella sabrá devolverte la tranquilidad.

TEODORO.—No, amigo Rentero... Hace tiempo que la he perdido cinco años de matrimonio no tuve ni una hora tranquila. ¿Pero no n te nunca que yo temblaba en cuanto ella miraba a otro hombre un insta

RENTERO.—No. Te lo confieso.

TEODORO.—El cariño es así. Y Angustias no tuvo la virtud de d verme la paz, porque se rodea a todas horas de hombres jóvenes q contemplan con avidez. Es hermosa; tiene un atractivo irresistible. yo me torturo... ¿Tendrá Pío razón?

RENTERO.—Imposible. Angustias te quiere de veras.

TEODORO.—Rentero... ¿Tú crees que me querría igual, ella tan he sa, tan joven... sin ofrecerle joyas y caprichos?

RENTERO.—Naturalmente que sí... ¿Pero tú estás loco?

TEODORO.—Sí... Rentero... Este es el castigo a mi locura... Y h ser mi hijo, precisamente, quien deje tanta amargura en mí...

RENTERO.—Pero, amigo mío...

TEODORO.—Perdón... quiero estar solo... ¡Déjame! *(Mutis, al despa*

(Rentero, solo, mira hacia donde se fué; luego suspira, aliviado p idea de que es un momento de mal humor y después sonríe.)

ANGUSTIAS.—*(Entra por el foro. Se dirige a Rentero.)* Oiga usté, tero. ¿Qué visita es esa que acaba de tener Dorito?

RENTERO.—No sé cuál... No acierto.

ANGUSTIAS.—Sí, hombre; unos señores graves con tipos de not de pueblo...

RENTERO. *(Confuso.)* ¿Cómo notarios? ¡Ah, sí! Eso son precisamen Un notario y un procurador... que han venido a... ¿No le dije antes hace tiempo se le murió un tío lejano a Teodoro?

ANGUSTIAS.—Sí. ¿Y qué?

RENTERO.—Que le deja una manda.

ANGUSTIAS.—¿Y para eso gasta Dorito tanto misterio? ¡Qué bob

RENTERO.—Eso digo yo... ¡Qué bobada!... Total, porque un not viene a... a... Con permiso, Angustias, voy aquí a... *(Aparte y al mu* ¡Yo sudo tinta!

ANGUSTIAS.—Pues, señor, ¿qué tiene hoy Rentero y qué tienen t en esta casa? *(Angustias queda ensimismada, sin comprender. Entra* RIDAD *por el foro.)*

CARIDAD.—¿La señorita ha llamado?

ANGUSTIAS.—No, Caridad.

CARIDAD.—Creí...

ANGUSTIAS.—Pero ya que has venido, ¿dónde está mi niña?

CARIDAD.—En el jardín. Junto a las magnolias.

ANGUSTIAS.—Vamos allá...

FRASQUITO.—*(Entra muy preocupado por el foro.)* Señora... En el din está hase un rato...

ANGUSTIAS.—¿Quién?

FRASQUITO.—Una señora, muy señora...

ANGUSTIAS.—¿Y te ha dicho su nombre?

FRASQUITO.—La verdá, señora, me ha dao corteá de preguntarle.

ANGUSTIAS.—¿Qué aspecto tiene?

RASQUITO.—Pos mire la señora... es una arta dama, así como... va-.. una cosa así como el señor Obispo de la Dióseci̇s.

NGUSTIAS.—Que pase.

RASQUITO.—Ya verá osté. *(Va hacia el jardín y en seguida aparece, pañando a* DOÑA ROSA XIMÉNEZ, *que viene imponente de majestad. ustias y Caridad quedan un poco paralizadas al verla.)*

ROSA.—*(Entra y asesta sus viejos impertinentes, primero a Angustias, e saluda, y luego a Caridad, que se hace un poco atrás. Luego dice a Fras-, con aire imperativo.)* Ve al coche, toma mi equipaje y llévalo a mi tación. *(Frasquito hace una reverencia, y como si hubiera recibido una i muy natural, se va a cumplirla.) (A Caridad)* Tú, al jardín. *(Ca-l obedece como hipnotizada.)* Mi hijo no sabe aún mi llegada y lo pre- para hablar antes a solas con usted.

ANGUSTIAS.—¿Usté es su?...

ROSA.—Su madre.

ANGUSTIAS.—*(Quiere ir a abrazarla cordialmente.)* ¡Qué alegría!...

ROSA.—*(Deteniéndola con una mirada.)* Sí. Soy la madre... *(Breve da tras de los impertinentes.)* de su amigo.

ANGUSTIAS.—¿De mi amigo? No entiendo a usté, señora.

ROSA.—*(Marcado.)* Es bien claro. Mi hijo nada me ha dicho de que a vuelto a casarse. Tengo, por lo tanto, que pensar de una mujer, vive bajo su mismo techo, que es su amiga.

ANGUSTIAS.—¿Pero es que...?

ROSA.—Si fuese su esposa, mi hijo me lo hubiese comunicado...

ANGUSTIAS.—¿Y si estuviese casado?

ROSA.—*(Firme.)* Mi hijo no se puede haber casado sin decírmelo. ie usted asiento, señorita.

ANGUSTIAS.— *(En lucha interior entre su orgullo y su curiosidad, se de por callar, para saber los secretos de Teodoro, y dice brevemente, sen-dose.)* Gracias.

ROSA.—Señorita, yo no he venido sola. Traigo conmigo a mis nietos, us mujeres, que son, respectivamente, los hijos y las nueras de mi co...

ANGUSTIAS.—¿Su chico?...

ROSA.—Teodoro.

ANGUSTIAS.—¡Ah! Es nieto de usté.

ROSA.—¡No! Es mi hijo...

ANGUSTIAS.—Pero en ese caso...

ROSA.—Perdone usted, ahora hablo yo. Como estoy incómoda en el tel en que paramos, he pensado vivir en casa de mi hijo. Esto tal vez arregle todo, porque si yo vivo aquí, es natural que usted se vaya.

ANGUSTIAS.—Perdón, es que...

ROSA.—¡He dicho que estoy hablando yo!... ¿Cuánto tiempo hace que ven juntos usted y su amigo?...

ANGUSTIAS.—Pero, señora, si es que hase sinco años que...

ROSA.—*(Interrumpiéndola.)* ¿Cinco años ya? Es una cosa seria... *(La ra con menos dureza.)* Por su aire distinguido deduzco que es usted de ena familia.

ANGUSTIAS.—Nobleza granadina.

ROSA.—*(Mirándola con los impertinentes.)* Interesante... ¿Mi chico brá perseguido a usted sin descanso hasta hacerse agradable?

ANGUSTIAS.—No. La verdad es lo primero. Me enamoró en seguida, casi estoy por desir que he sido yo la que fuí tras él.

ROSA.—Muy halagador. Si no fuera yo su madre, diría a usted que

podía haber encontrado algo mejor. Un hombre de menos edad que doro. ¿Sabe usted que su amigo tiene ya hijos mayores?

ANGUSTIAS.—Me lo ha dicho. Tiene dos: Pío y Benedicto, de di doce años.

ROSA.—*(La mira, asombrada, con los impertinentes.)* ¿Está usted gura de que mi hijo le ha contado a usted eso?

ANGUSTIAS.—Sí.

ROSA.—(Qué granuja.) *(Con ligera sonrisa.)* Pues es un pillastr quien hizo usted mal en creer. Sus dos nietas tienen más de esa edad

ANGUSTIAS.—¿Nietas, Teodoro?

ROSA.—Pío, el hijo mayor, tiene cuarenta y un años y el pelo Por dentro es más viejo aún.

ANGUSTIAS.—Imposible.

ROSA.—Usted podía ser hija suya. Y nada tendría de extraño, po su amigo de usted, no sólo es padre y abuelo, sino bisabuelo de un de año y pico.

ANGUSTIAS.—Señora. Yo creo que usted se está burlando de mí.

ROSA.—No. Es demasiado serio este asunto. Mis nietos, los hijos Teodoro, quieren poner fin a esta situación irregular. Y yo creo qu más práctico es que usted abandone voluntariaente esta casa.

ANGUSTIAS.—Yo no abandonaré jamás la casa de su hijo de usté, ñora!

ROSA.—Todos están conformes en pasar a usted alimentos con amplitud. Pero si se opone usted a sus deseos...

ANGUSTIAS.—*(Con energía.)* Pase lo que pase, yo ni salgo de esta c ni abandono a Teodoro.

ROSA.—Usted no ignora que aunque la posición de mi hijo sea ahogada, puede venir, por medio de la Ley, una tutela o incapacidad pródigo.

ANGUSTIAS.—¡Si así fuera, trabajaré!

ROSA.—Bien. *(Seca.)* ¿Quiere usted ser tan amable que llame al cria

ANGUSTIAS.—Con mucho gusto. *(Toca el timbre.)*

ROSA.—Me vuelvo a mi hotel, a menos que tenga usted algo más decirme.

ANGUSTIAS.—Nada más, señora.

FRASQUITO.—*(Entrando.)* ¿Llamaban las señoras?

ROSA.—Vuelve a coger mi equipaje y a ponerlo en el coche.

ANGUSTIAS.—Perdone usté, señora. Soy yo quien da aquí las órde *(A Frasquito.)* Retírese.

FRASQUITO.—Servidor. *(Mutis.)*

ROSA.—Interesantísimo. Hasta hoy, nadie se ha atrevido a habla de ese modo. ¿A qué obedece esa energía?

ANGUSTIAS.—Es, señora, que en esta casa tengo algo que defend La felisidad de mi niña. Y ésa está pendiente del cariño que nos tene Teodoro y yo.

ROSA.—*(La mira con los impertinentes con mayor complacencia y di* Cuando entraba por el jardín, al pie de unos magnolios, vi a una niña cantadora... Le dí un beso de corazón.

ANGUSTIAS.—*(Emocionada.)* Gracias.

ROSA.—No me lo agradezca. El beso se lo di al convencerme de los ojos de esa niña son iguales a los de mi chico cuando era pequeñ *(Mira a Angustias, dominada, a su pesar, por una profunda emoción.)* mirarlos sentí que el pasado volvía, y esta emoción... es, sin embar nueva para mí. *(Se deja caer en la silla.)*

ANGUSTIAS.—*(Corre hacia Doña Rosa y coge su mano para besarla.)* ora...

ROSA.—*(La retira.)* No, hija mía... Ahora no me es pos'ble soportar a emoción... ¡Y ese chico se atreve a vivir a tu lado de este modo! ¿Qué jer eres para consentirlo?

ANGUSTIAS.—*(Con sencillez.)* Pues soy... ¡Una mujer muy feliz!

ROSA.—¿Y cómo puedes ser feliz cuando tu marido te niega y niega a hija? Porque tú no eres su amante, eres su mujer, y eso lo he comprendido yo.

ANGUSTIAS.—Lo había adivinado y callé por eso.

ROSA.—Y yo quise demostrarte las desdichas que puede ocasionar una ntira... Mi hijo ha sido cobarde y merece su castigo.

ANGUSTIAS.—¡Oh!, eso... *(Como diciendo «corre de mi cuenta.)*

ROSA.—Si me necesitas te ayudaré. Nos entenderemos. Toda la culpa de Teodoro. Un hombre que se avergüenza de su cariño merece una itencia. Espero que tengas con él energías.

ANGUSTIAS.—*(Con ojos radiantes.)* Puede usted contar con ellas, sea.

ROSA.—*(Le da la mano.)* Todas las desgracias de esta vida vienen no tener a tiempo la energía necesaria.

ANGUSTIAS.—*(Toca dos veces el timbre.)* ¿No se irá usted, verdad?

ROSA.—No. Ahora me quedo aquí. ¿Tienes habitación que ofrecerme?

ANGUSTIAS.—*(A* CARIDAD *y* FRASQUITO, *que entran.)* Prepararéis una bitación para la señora. En esta casa, ella es dueña.

CARIDAD.—*(Aparte a Frasquito.)* ¿Qué te parese?

FRASQUITO.—*(Idem a Caridad.)* ¡Que tenemos en casa al señor Obis- *(Mutis, Frasquito, izquierda.)*

ROSA.—*(Va hacia Angustias y le da un beso en cada mejilla.)* Gracias, a mía... y perdona. Son mucho mis ochenta años... y me he dejado ven- por esta emoción de ser abuela, despues de haber sido bisabuela... *(Se oya un momento en el hombro de Caridad, vencida por la emoción, pero pronto se rehace y sale sola y erguida por la puerta de la izquierda.)*

ANGUSTIAS.—*(Va al jardín y llama.)* ¡Rentero! ¡Rentero!

RENTERO.—*(Viene del jardín.)* ¿Me ha llamado usted, Angustias?

ANGUSTIAS.—Sí. Venga usted. Diviértame un poco con sus bromas... énteme usted algo, o mejor, invéntelo... Como inventaron usted y mi rido todos sus embustes.

RENTERO.—¿Pero, Angustias? ¿Qué tiene usted? ¿Por qué me dice s palabras tan feas?

ANGUSTIAS.—*(Nerviosa.)* ¿Y por qué han de ser siempre bonitas las labras que digo yo y mentiras de las más feas las que ustedes digan?

LUIS.—*(Entra alegremente en tono de broma.)* ¿Qué dise mi paisana? e qué se discute aquí con el ansiano? Vámonos, que esta noche teneos que haser, Rentero...

RENTERO.—Con su permiso, Angustias. Me despido... Hasta después

ANGUSTIAS.—Sí... Váyase... Pero no vuelva en ocho días, ni pregunte Frasquito si estoy en casa... para usted no estoy, con toda seguridad.

LUIS.—¡Uy! ¡Qué cara pone usted, Rentero! Está como pa un retrato...

ANGUSTIAS.—Pues retrátense los dos en grupo, porque van a poner la sma cara.

LUIS.—¿Yo? ¿Quién lo ha dicho? ¿Y por qué?

ANGUSTIAS.—Porque tampoco pienso recibirle... Ninguno de los dos, nguno de los que vienen. ¡Basta de farsa y de tomarme el pelo! *(Pasa te ellos y sale por el jardín. Los dos se quedan mirándose el uno al otro.)*

Luis.—¿Pero qué mosca le ha picao para echarle a usté a la calle

Rentero.—No sé nada... Déjame en paz... *(Mutis.)*

José.—*(Del jardín. Se tropieza con Rentero.)* ¡Cuidao con atrope

Luis.—¡Anda! ¿Tú también traes mal humor?

José.—¿Pero qué le habéis hecho a Angustias?

Luis.—¿Te ha echao?

José.—Así parese.

Luis.—Yo sé la causa. ¿No viste antes que Rentero y la mecanó fa... *(Acción de abrazar.)*

José.—Sí.

Luis.—Pues yo he visto después que don Dorito y la susodicha... *(* *vez lo mismo.)*

José.—¡Ah, sí! Pues ya está explicao. Los ha sorprendido Angus y se ha puesto por las nubes.

Luis.—¿Y qué hasemos de la serenata?

José.—Está pagada, conque la damos y listo... ¡Que sarga por d de quiera!

Luis.—Conforme... Siendo como es en el jardín que es piso bajo, nos pué tirá por el balcón.

José.—Andando. Verás cómo se le pasa.

Luis.—En diez minutos. ¡Si conoseré yo a las mujeres! *(Mutis po jardín.)*

Teodoro.—*(Entra y detrás* Frasquito.) Telefonea al siete-tres- Agencia Coot. Pide tres billetes para San Juan de Luz.

Frasquito.—(¿San Juan de Luz?... No conozco ese pueblo. Deb provinsia de Cadi.) *(Mutis izquierda.) (Teodoro pasea. Entra* Angus *por el jardín. Teodoro al volverse la ve y dice agitado.)*

Teodoro.—Angustias...

Angustias.—¿Estabas aquí con tus amigos?

Teodoro.—No, Angustias. Estaba con mis hijos, que han llegado Segovia.

Angustias.—*(Burlona.)* Los habrá traido el preceptor... ¿Pero qué no me avisaste?... Anda, llámales ahora. Quiero darles un beso a pobresitos míos.

Teodoro.—*(Después de una corta vacilación.)* Angustias, yo te m al decirte que mis hijos eran pequeños. Mi hijo mayor tiene cuarent un años.

Angustias.—*(Fingiendo gran sorpresa.)* ¿Cuarenta y un años?

Tedoro.—Pero representa aún más edad. Mi madre tiene oche y dos, tengo nietos y hasta biznietos. Ya lo sabes todo, Angustias.

Angustias.—¿Y tus hijos estaban de acuerdo en que te casases una mujer tan joven como yo?

Teodoro.—Mis hijos ignoran que yo me he vuelto a casar.

Angustias.—¿De modo que me has negado ante ellos? Y si a e horas saben que vivimos juntos, me creerán tu amiga? ¿Y has negad tu hija también?

Teodoro.—Sí.

Angustias.—¿Y sabes tú lo que eso significa para el orgullo de mujer y de una madre?

Teodoro.—Me avergoncé ante mis hijos· por mejor decir, los tem He vivido cinco años con el miedo de que viniesen a echarme en cara disfruto ahora de una felicidad y de una vida que les pertenece por e ro. ¡Eso es todo!

Angustias.—No. Tú no te avergonzaste por eso... Sentiste vergüe

mí. Temías que tu familia pensase que el casarme contigo lo hacía por inero. Es un pensamiento lógico cuando un hombre de tu edad se casa una mujer más joven.

TEODORO.—*(Estallando al fin.)* ¿Es que estás arrepentida?

ANGUSTIAS.—Y dime. ¿No has temido nunca que me arrepintiese?

TEODORO.—¡Jamás!

ANGUSTIAS.—*(Jugando con él sin que se aperciba.)* ¿Entonces por qué abas miles de pesetas en joyas? ¿Por qué me ofrecías automóviles y litos? Era porque nunca tuviste confianza, porque desde el primer dudabas de mi cariño y temiste perderme. Me has ofendido, Teodoro.

TEODORO.—¿Cómo pensar que ofendía a mi mujer legítima?

ANGUSTIAS.—Esos regalos prueban tu miedo a que un día pudiera e yo motivo..

TEODORO.—*(Como un rayo.)* ¿Para qué?

ANGUSTIAS.—Para que tuvieses celos.

TEODORO.—Basta. Mañana mismo nos iremos a Córdoba a casa de madre.

ANGUSTIAS.—¿Y si yo no quiero?

TEODORO.—*(Amenazador.)* Entonces...

ANGUSTIAS.—*(Retadora.)* ¿Qué?

TEODORO.—Entonces será el principio del fin. He perdido mi seguridad. uando se pierde la confianza en una mujer, todo se acaba...

ANGUSTIAS.—Eso... como tú quieras. *(Se va a marchar por la derecha. salir repite.)* Ya lo sabes... *(Mutis.)* *(*DOÑA ROSA *sale de la izquierda.)*

TEODORO.—*(Que estaba entregado a una gran amargura, al ver a su dre la mira perplejo, por fin hay en su cara un destello de alegría, se pre- ta en sus brazos y la besa en ambas mejillas, gritando.)* ¡Madre! ¡Madre! está aquí! *(La besa ambas manos.)* Ahora todo se arreglará.

ROSA.—No me digas nada. He hablado ya con tu mujer, conozco a hija...

TEODORO.—Madre, perdóname si he querido ser feliz sin consultarte.

ROSA.—Has hecho algo peor, Teodoro.

TEODORO.—*(Sin sostener su mirada.)* ¿Qué?

ROSA.—No has tenido el valor de tus actos. Y el hombre que es co- de ante la vida, no tiene derecho a ser feliz.

TEODORO.—¡Madre! Calla. ¡No digas eso!... No me hagas creer que o es irremediable... No has debido decirlo nunca... *(Con amargura cre- nte.)* ¿Es que también me quieres tú empequeñecer ante mis propios s?

ROSA.—Hijo mío, yo siempre he de verte pequeño, porque nunca me recerá bastante tu grandeza... *(En el jardín se oyen risas de hombres jó- es, Luis, José y otros. De repente tocan las guitarras.)*

TEODORO.—¿Oyes?... Cuando mis hijos vienen a decirme que mi vida abó, y que yo no tengo derecho a ser feliz, los jóvenes que se llaman s amigos, hacen oír a mi mujer una serenata.

ROSA.—Hijo... ¿qué piensas?

TEODORO.—Nada, madre... *(Al ver a* ANGUSTIAS, *que cruza de la dere- y va a salir por el foro al jardín, le dice con energía.)* ¿Dónde vas?

ANGUSTIAS.—Me esperan en el jardín. Han preparado una fiesta en nor mío.

TEODORO.—No salgas ahora

ANGUSTIAS.—Lo tomarán a descortesía.

TEODORO.— ¡Saldré yo! *(Enérgico.)*

ANGUSTIAS.—¿Y si yo también quisiera salir?

TEODORO.—¡No saldrás! *(Con gran energía.)*
ANGUSTIAS.—¿Tienes miedo?
TEODORO.—Sí.
ANGUSTIAS.—Mira lo que dices... Mañana... *(Amenazadora.)*
TEODORO.—Mañana... ya veremos. ¡Esta noche no sales! *(Con mable energía.)*
ROSA.—¡Pero chico!...
TEODORO.—¡Madre! ¡No soy un chico! ¿No oyes a todos? ¡Soy un jo! ¡Un viejo! ¡Pero soy aquí el amo!... *(Sale por el foro al jardín. Ce música.)*
ANGUSTIAS.—¡Me quiere! ¡Me quiere!
ROSA.—*(Embelesada)* ¡Y es hijo mío! ¡Hijo mío! *(Con orgullo.)*

TELÓN



ACTO TERCERO

ITA,
ntur

CAR

De pr
RIT
CAR
dar l
RIT
CAR
antos
RIT
CAR
velas
RIT
CAR
sta u
RIT



La misma decoración del acto anterior.

[RIT]A, con un sencillo traje, escribe a máquina afanosamente. CARIDAD [c]turrea su eterno fandanguillo mientras quita y vuelve a poner los cacharros de la mesa, que está preparada con los desayunos.

CARIDAD.— *Lariro lariro lairo...*
lariro lariro lairo...

[D]e pronto, a Rita, que escribe.) ¿Estará usté muy contenta en la casa?

RITA—Sí. *(Sigue escribiendo.)*

CARIDAD.—Vaya un carguito er de mecanógrafa. Desde er jueves voy [a tom]ar lersión yo.

RITA.—Sí. *(Sigue escribiendo.)*

CARIDAD.—Porque hay que ver... que no hasen ustés apenas ná... Unos [cua]ntos ratitos de tecleo... y listos... Mientras que una...

RITA.—Sí, claro. *(Sigue escribiendo.)*

CARIDAD.—Y así sobra tiempo pa tó... pa pasear por el jardín, pa leer [nov]elas y hasta pa er coquetismo. *(Molesta.)*

RITA.—¿Eh?

CARIDAD.—No me negará usté que al señorito Luis Cañaverales le [gus]ta usté más que er pan frito.

RITA.—¿Por qué dice usted eso?

CARIDAD.—Dende ayer, yevan ustés cuatro entrevistas, que yo s
una junto a los magnolios... otra en la escalinata... y dos en er patio.
RITA.—Es igual. No me gusta.
CARIDAD.—¿Que no le gusta a usté er señorito Luis Cañaverales,
er tipaso de hombre que tiene?
RITA.—Ni pizca.
CARIDAD.—Pos a mí, quitando a don Rodolfo Valentino (que en
ria esté) y a don Miguel Fleta, que pa mí como si estuviese en la gl
porque se ha casao, er señorito Luis es mi hombie. Si lo hubiá osté
hoy, cuando salió a cabayo, pa ir a la tienta de Venta Antequera, co
señorita Angustias.
RITA.—*(Alarmada.)* ¿Pero ha ido con él?
CARIDAD.—Dos horas hase que salieron, caracoleando en sus jac
¡Y qué figura hase er niño a cabayo, con sus sajones, su chaquetilla b
ca y su cordobés... Si lo ve Cañero se muere de envidia...
RITA.—¿Y no les acompañaba mi?...
CARIDAD.—*(Chungona.)* ¿Su... qué?
RITA.—Mi... señorito... Don Teodoro...
CARIDAD.—No... Tampoco iba er señó Rentero... No esté usté cavi
(Con retintín.)
RITA.—¿Yo?
CARIDAD.—Como son las personas que más le interesan aquí.
RITA.—¿Por qué lo dice usted?
CARIDAD.—Porque una no es siega, ni tonta... ¡Eso! Y a mí, par
nas, no... *(Enfadada.)*
RITA.—Le prohibo a usted que hable así.
CARIDAD.—¡Uy, qué miedo! Nos ha chinchao la Undervod ésta
FRASQUITO.—*(Viene por el foro izquierda, jadeando, y se sienta en
sillón, exclamando.)* No pué ser... No pué ser... ¡Y no pué ser!
CARIDAD.—¿Qué te pasa?
FRASQUITO.—Tú ves lo harto que están los seviyanos de los banqu
con bardosines de colores y de los estanques con ranitas verdes, que ec
asín pa arriba el chorrito? ¡Pues más harto estoy yo de esta casa!
RITA.—¿Eh?
CARIDAD.—¿Qué te sucede?
FRASQUITO.—Na; que en una noche ha cambiao la casa; ha cambia
señorita, ha cambiao er señó, y yo creo que hasta er canario está en la n
CARIDAD.—Carma, Frasquito.
FRASQUITO.—Si es un sin sesar de timbrasos y de llamadas. ¿T'acue
de aquer artefacto de barras doradas, corgando asín como longanisas,
no sabíamos pa lo que era?
CARIDAD.—No lo sabrías tú, pero yo sí: una jaula de loros echá a per
FRASQUITO.—Pos no señora. ¡Es pa yamar! Y en cuanto er señó le da
(Lo hace.) un gorpe, se pone to desmanganiyao y está sonando hora y me
RITA.—¡Claro! ¡Un gong!
FRASQUITO.—¿Un gong? Una lata es lo que es. ¡Yo que entré aqu
ver si trabajaba menos que ande estaba!
CARIDAD.—¿Eras monisipal?
FRASQUITO.—Era ordenansa de la biblioteca musárabe. Y ayí, día
serviamos más de tres vasos de agua, nos daban gratificasión por trab
extraordinarios.
CARIDAD.—¿Qué tendrá don Teodoro pa haber cambiao de esa man
FRASQUITO.—Pues tié... ¡La familiota que ha venío!
RITA.—*(Olvidándose.)* ¿Familiota?

CARIDAD.—Cuidado... que está aquí esta joven.

FRASQUITO.—¿Y qué? Proletaria como nosotros, su obligasión es hamal de los amos.

CARIDAD.—La verdá es que ¡vaya cúrsiles! Miá que la abuela.

FRASQUITO.—Es un fosil.

RITA.—(Yo estoy volada.)

CARIDAD.—Y doña Társia y don Benedirto.

FRASQUITO.—Pa mí er peó es ese tío, cara pipa, que ha venío ya cuaveses desde ayé. Por sierto que, como güerva a hablarte, le tiro yo de eriya... ¡Por mí salú! ¡Y pocas ganas que tengo!

(Suena el timbre por la izquierda.)

CARIDAD.—Qué cosas dises... A una mujer que es lo seria que yo...

FRASQUITO.—Yaman... *(Suena el gong dentro, por la derecha.)* ¡Atisa! oyes? ¡Er sartenero! Acude tú ar señó. *(Caridad hace mutis por la dea.)* Yo abriré la puerta. *(Mutis foro izquierda.)*

RITA.—Yo voy también, por si algo quiere de mí. *(Mutis por la dere.)*

FRASQUITO.—*(Sale con* Pío. *Este viene transfigurado. Viste de claro, brero de paja, clavel en el ojal: se ha afeitado, dejándose sólo la perilla bigotito y se acicala mucho.)* Ya está aquí. Y que viene para una instánea. Pase er señorito... Ahora avisaré ar señó.

Pío.—No. Espere... Preferiría antes saber... Yo hablé aquí con otro iente...

FRASQUITO.—¿Otro sirviente? *(Escamado.)*

Pío.—Sí... Creo que una doncella...

FRASQUITO.—(Te veo de venir.) La donsella no va a poder salir. Está la grippe...

Pío.—Caramba... Pues lo siento... Es tan amable... Tan servicial... Y no ha podido enfriarse con este calo.?

FRASQUITO.—No... Si ha sido de un susto... Vió ayer a un tío muy feo ha sobrecogío.

Pío.—Qué contrariedad... Pues yo soy médico... No practico, pero lo , y si es necesario... Dígaselo.

FRASQUITO.—Bueno; le diré que viene usted de periya...

Pío.—¿Eh?

FRASQUITO.—Pa curarla...

Pío.—Ahora tenga usted, y anunciéme. *(Le da dinero.)*

FRASQUITO.—*(Aparte.)* Una perra gorda. *(Alto.)* Le arvierto ar señó no tengo ningún chichón. Porque supongo que la perra es pa eso.

Pío.—No. Es para usted.

FRASQUITO.—¿Toa entera? *(Como asombrado y con chunga.)*

CARIDAD.—*(Saliendo.)* Pero si está aquí don Pío...

FRASQUITO.—Ya le he dicho ar señó que tiés la grippe y anda con ojo, se convierta en trancaso. *(Amenazándole.)*

CARIDAD.—Si estoy ya bien...

FRASQUITO.—No lo creós... Estás de pronóstico... ¡Arrea! *(Suena dentro gong estrepitosamente.)* ¡Er sartenero otra vez!

TEODORO.—*(Dentro.)* ¡Frasquito! ¡Frasquito del demonio!

FRASQUITO.—Er señó... ¡Y con el humor que tiene!

TEODORO.—*(Dentro.)* ¿Vienes o no?

FRASQUITO.—¡Va! ¡Va! *(Mutis por la derecha.)*

CARIDAD.—*(A Pío.)* Con permiso der señó... me voy, si er señorito manda otra cosa... *(Canturrea el fandanguillo.)* Lairo lairo liro ro...

Pío.—¿Yo?... Oiga... ¿Dónde me dijo usted anoche que se tomaba bien el fresco en Sevilla?

Caridad.—En er Parque de María Luisa. . Yo toas las tardes voy en un ratiyo que me da la señorita pa ir por los postres... Y es una b sión... De ocho y media a nueve, me tiene ayí er señorito... sola y carg paquetes.

Pío.—Sí.. claro...

Caridad.—Y hago mal en ir, porque ¡carcule er señorito! La noche stá obscura, aquello que está solo... Y yo con las manos ocupás sin p me defender... ¡Uy! Como fuese un atrevido... No quiero pensarlo... Jes *(Arregla la mesa mientras canta.)* Lairo lairo liro leiro...

Pío.—*(Distraído, canta también, como si fuese una salmodia.)* I lairo liro leiro... *(Y la sigue con la vista en sus idas y venidas.)*

Caridad.—Bonita flor lleva er señorito... Un clavé sangre e toro...

Pío.—Sí... ¿Le gusta?

Caridad.—Es presioso.

Pío.—Tenga... A mí más bien me azora el llevarle. Es muy... *(Se lo*

Caridad.—Lo asertο.. Pero no se va a privá er señorito... Tom señorito esta gardenia... *(Se la da.)*

Pío.—Gracias *(Muy grave.)*

Caridad.—No se merese.

Teodoro.—*(Dentro.)* Vamos, Frasquito.

Caridad.—Uy, er señó.

Pío —Mi padre.

Teodoro.—*(Viene del despacho, apoyado en el brazo de Frasqui quien rinde haciéndose el pesado, fingiéndose el viejo que sus hijos des Su propósito es tiranizar a toda la familia, haciéndoles ver los inconveni de que fuese él un viejo de verdad.)* ¿Por qué no has regado los naran ¿Eh? ¡Dilo! ¿Por qué? ¡Responde, Frasquito del demonio!

Frasquito.—Señor, si es que yo creía que tenían agua de sobra...

Teodoro.—¡Agua de sobra! ¡Ejem! ¡Ejem! ¿Ves? ¿Ya me ha dad tos...? Tráeme la flor de malva... ¡Pronto!

Frasquito.—En seguida *(Aparte, a Caridad.)* Perjura...

Caridad.—(¿Qué?)

Frasquito.—(¿Crees que no he reparao ya que habéis cambiao ust las flores?)

Teodoro.—¡Vamos! ¡La flor de malva!

Frasquito.—Va en seguida, señor... *(Aparte, a Caridad.)* Anda; cuando vayas a la cosina, cobras. ¡Por éstas! *(Mutis izquierda)*

Teodoro.—Hola, Pío... *(Viéndole.)*

Pío.—Buenos días, papá.

Teodoro.—*(Por Caridad.)* ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí? ¡Vete a la cina!

Caridad.—Señor... ¡A la cosina yo!... Mire er señó que... *(Muy asust pensando en Frasquito.)*

Teodoro.—¡He dicho que a a cocina! A mí se me obedece... ¡Soy viejo! ¡¡Un viejo!!

Caridad.—Va, señó, va... (Me he caído con Frasquito... ¡Y con lo b que es!...) *(Mutis izquierda.)*

Teodoro.—¿Habrás dormido mal?

Pío.—Sí... Los hoteles...

Teodoro.—¿Son malas las camas?

Pío.—Detestables.

Teodoro.—¿Y la comida?

Pío.—Infernal..

TEODORO.—¿Y mucho calor?

Pío.—Horrible.

TEODORO.—Pues me das una alegría

Pío.—¿Eh? *(Asombrado.)*

TEODORO.—De pensar que tengo casa y comodidades. Pero, a pesar de do, tampoco he dormido... Los viejos. .

Pío.—¿Cómo? *(Le mira más asombrado.)*

TEODORO.—No me mires asombrado y ponme este sillón aquí, donde sol calienta.

Pío.—¿Al sol?

TEODORO.—Sí... *(Pío coge el sillón y lo coloca a la izquierda.)* ¡No! ¡Más á! *(Lo coloca hacia la derecha.)* ¡No tanto! ¡No seas torpe!... *(Lo vuelve a vez.)*

FRASQUITO.—*(Viene furioso por la bronca que ha tenido con la otra. La a baila en su mano. Trae un arañazo en la cara y nariz.)* ¡La flor de marva!

TEODORO.—Dásela a mi hijo, que me la sirva.

Pío.—Pero papá...

TEODORO.—¡Vamos! *(Suena un timbre.)* ¡Vete a abrir! *(Pío toma la a en sus manos.)*

FRASQUITO.—¡Va! (Ahora veremos si güerve a arañarme. Y to por este periya. ¡Ay, si yo no fuera de la Unión Patriótica!) *(Mutis foro izquierda.)*

TEODORO.—Dame esa flor de malva.

Pío.—Toma.

TEODORO.—Sostenme el plato.

(Lo hace Pío, y Teodoro empieza a simular un gran temblor de la mano, mo los ancianos, y le moja y se supone que lo quema.)

Pío.—¡Que me quema!

TEODORO.—Qué quieres, a mi edad el pulso... tiembla... y... ¡Soy un viejo!

FRASQUITO.—*(Por el foro izquierda.)* La... respetable familia del señor...

(Entran TÁRSILA *y* BENEDICTO. *Visten trajes más normales y menos de mana Santa: ella, sombrero, y él, frégoli.)*

BENEDICTO.—¡Padre!

TÁRSILA.—¡Papá!

TEODORO.—Hola, hijos.

BENEDICTO.—¿Pero estás enfermo? Te noto así...

Pío.—Papá pretende haberse aviejado en una noche.

TEODORO.—¡No! Vosotros sois los que me habéis hecho comprender, a erza de decírmelo, que soy viejo, y es verdad... Lo soy... Lo soy...

Pío.—Bueno: nosotros venimos a saber su contestación.

TÁRSILA.—No es que nos corra prisa, pero nuestras casas.. Mis fundaones...

TEODORO.—Aquí también puedes hacerlas. ¿Por qué no fundas un silo de toreros imposibilitados o de cantaores afónicos?

TÁRSILA.—¡Qué cosas tiene usted!

TEODORO.—Pero volviendo al asunto. Vuestros consejos me han decido... y deseando complacer vuestros deseos, me iré con vosotros a Segoa... Viviremos juntos, me cuidaréis en ... ¡Ay! ¡Ay!

BENEDICTO.—¿Qué es eso, papá?

TEODORO.—¡Ay! Un calambre en la pierna... Friegas... Dame friegas o... *(Pío obedece, poniéndose de rodillas.)* Ahora laotra. *(Benedicto lo hace n la otra pierna.)* Y ahora el pie... Társila... *(Társila obedece.)* ¡Ay! ¡Ay! *Los tres le dan friegas afanosamente: él, viéndoles a todos fastidiados, sonríe público con picardía.)* ¡Más! ¡Más! ¡Ay! ¡Ay!

Pío.—¿Pero no se calma? *(Echando el bofe.)*

TEODORO.—Un poco, sí... parece que... *(Ellos van a levantarse. El nuevo insiste.)* ¡Ay! ¡Ay!... Dadme fuerte... Más fuerte... ¡Basta! ¡Ya v mejor!

(Se levantan los tres, sofocados de la postura y contrariados de la bro de la que se dan cuenta.)

Pío.—Papá. ¿No le parece a usted que para broma ya basta? *(Am cado.)*.

TEODORO.—¿Qué es eso de broma? ¿No decís que soy viejo? ¿No repetís a cada instante? ¿O es que pensáis burlaros de mí? ¿Queríais vie Pues aguantad las consecuencias.

Pío.—Pero...

CARIDAD.—*(Sale por la izquierda y saluda. Puñaladita a Pío, y lu dice a don Teodoro:)* Señor... La señora telefonea desde Venta Antequ que no sabe si vendrá a almorsar o almorsará ayí.

TEODORO.—¿Eh? ¿Pero ha ido la señora a Venta Antequera?

CARIDAD.—¿No lo sabía er señó?

TEODORO.—Sí; pero... Quise decir ¿con quién ha ido?

CARIDAD.—Pues con er señorito Luis Cañaverales.

TEODORO.—¿Cómo? Pero... ¿A qué hora?

CARIDAD.—A las ocho. Hace dos horas que salieron.

TEODORO.—¿A Venta Antequera? ¡Que venga Frasquito! *(Se olvida su vejez y de todo.)* Y vosotros... Ya lo sabéis. Si os agrada más verme vie a vuestro lado, tendréis que aguantar mis caprichos. Tú no volverás a f dar nada. *(A Társila.)* Tú, ejercerás la Medicina. Me curarás, jugarás c migo al «poker» y desgraciado de ti si pierdo. *(A Pío.)* Tú dejarás de el esclavo de tu mujer... Y no obedecerás más órdenes que las mías... *Benedicto.)* Ya lo sabéis, así es como he de estar a vuestro lado. ¡Ocupar mi puesto!

FRASQUITO.—*(Saliendo por la izquierda.)* ¿Llamaba er señó?

TEODORO.—Sí. Ensíllame en seguida al «Lucero».

FRASQUITO.—¿Er «Lusero»? Pero si es un potro a medio domar. *(As tado.)*

TEODORO.—Tú ensíllale.

FRASQUITO.—Si al que lo monta lo tira.

TEODORO.—Eso lo veremos.

FRASQUITO.—Además, que está en casa del herrador, al otro lao del

TEODORO.—Pues vas por él, montas y le traes al galope.

FRASQUITO.—¿Montarle yo? *(Aterrado.)*

TEODORO.—¡Sí! ¡Anda! ¡Vivo!

FRASQUITO.—*(Aparte.)* Güeno, to... tomo tu taxi y lo traigo de la br por la ventanilla... *(Mutis foro izquierda.)*

TEODORO.—Y ahora, adiós, hijos. Pensad bien todo lo que os dije y me contestaréis... Voy a vestirme. *(Mutis por la derecha.)*

TÁRSILA.—¿Qué os parece?

Pío.—Que estamos en ridículo. ¡Que yo estoy harto de vida de fami y que nuestro padre está para dejarle solo.

(Ha cruzado CARIDAD *la escena un momento antes, de izquierda al fo y ahora vuelve a salir, para anunciar.)*

CARIDAD.—La señora.

TÁRSILA.—*(Asustada.)* ¿Qué señora?

CARIDAD.—Doña Rosa.

TÁRSILA.—¡Ah!

(Entra doña Rosa. Viste de mantilla. Es la figura espléndida de siem

su pelo blanco como la nieve y su gallardía de vieja encorsetada y enér- .)

ROSA.—Buenos días, hijos. ¿Habéis desayunado?

TÁRSILA.—Aunque estuviera en ayunas, no me sentaría yo a esta mesa.

ROSA.—Pues mira, quédate en pie, y así me sirves... Vengo desfallecida.

TÁRSILA.—Pero...

ROSA.—Ya te sentarás... *(Társila le sirve el café.)* y puede que de golpe.

PÍO.—Una curiosidad, abuela. ¿De dónde viene usted con ese traje?

ROSA.—De ocuparme de lo que me interesa, y no te admires demasiado el, que por quedarse embobados mirándome y decirme cuatro tonterías, he soltado cuatro frescas a un grupo de mirones... Mira no te ocurra lo mismo.

TÁRSILA.—A mí no me extraña nada; después del asombro que me pro- e el que haya dormido aqui, bajo el mismo techo de esa mujer.

ROSA.—*(Orgullosa.)* Has de saber que yo no estoy nunca bajo un techo. llevo siempre sobre mi cabeza el palio de mis canas y el dosel de la glo- de los míos...

TÁRSILA.—¿Pero ha ido usted a la tienta?

ROSA.—En carretela, con una escolta de jinetes, caracoleando en sus s, puestos al estribo.

BENEDICTO.—¡Como una reina!...

ROSA.—Los años, cuando son tantos como los míos, lejos de ser un peso, un trono, y cada año se sube un escalón. Sentaos. *(Lo hacen todos res- osamente.)* Sé que habéis dado a vuestro padre un plazo y le amena- s con ponerle tutela.

BENEDICTO.—Fué empeño de Pío...

ROSA.—¡Pío hizo bien!

TÁRSILA.—¡Claro que sí!

PÍO.—¡Ah, vamos!

ROSA.—¡Pío tiene razón! Y debe tenerla cuando mi hijo Teodoro, siendo padre, no le ha echado de esta casa a puntapiés.

TÁRSILA.—¿Y va usted a decir que ha hecho bien?

ROSA.—Voy a decir lo que me parezca. Y voy a decir que no, porque ha ido miedo de vosotros.

BENEDICTO.—Abuela.

ROSA.—En esta vida, el que no lucha por su felicidad, no la merece. misma he luchado con mi marido, primero; con mis hijos, después, y, último, con toda la familia, durante sesenta años.

TÁRSILA.—¿Se habrá fatigado usted?

ROSA.—Nada de eso. Estoy dispuesta a luchar, si es preciso, otros se ta años.

TÁRSILA.—Pues va a tener que hacerlo por la moral de esta casa.

ROSA.—Mira, Társila... Mangonea, si puedes, en tus asilos, tus roperos s comedores, pero a mí no me mangoneas tú.

TÁRSILA.—Es que...

BENEDICTO.—¡Calla!

(Se oye la voz de Caridad que llama a la niña.)

CARIDAD.—*(Dentro.)* Anda, niña, ven a desayunar.

NIÑA.—*(Idem.)* No quiero.

CARIDAD.—*(Idem.)* Que se te enfría el café.

NIÑA.—*(Idem.)* Estoy jugando.

ROSA.—Pío... asómate al jardín. *(Pío lo hace.)* ¿Qué ves?

PÍO.—*(Un poco azorado.)* Veo allí a... la doncella...

ROSA.—¿No ves una niña? ¿Un angelito de tres o cuatro años?

TÁRSILA.—*(Que ha ido también.)* Sí, con el pelito rubio...

ROSA.—Esa niña es tu hermana, Pío; y es tu cuñada, Társila; y es t de vuestras hijas, Benedicto; y a los cuatro años ya es tía-abuela de Luis vuestro nieto.

BENEDICTO.—Eso quiere decir que nuestro padre...

ROSA.—¿Pero sois tan torpes que no comprendisteis que se ha casa hace cinco años?

TÁRSILA.—¿Casado a su edad? ¿Qué vergüenza?

ROSA.—¿Es que os indigna más el casamiento que lo que antes sup níais? ¿Os molesta más la esposa legítima? A mí no. Ese angelito es mi nie porque tiene la mirada de mi Teodoro, y donde está mi sangre, allí est yo para defenderla.

TÁRSILA.—Hoy mismo nos volvemos a Segovia.

ROSA.—Es lo mejor.

BENEDICTO.—Mi padre está en su derecho...

TÁRSILA.—¡No! Ese matrimonio es una ofensa a sus hijos, una inmor lidad...

ROSA.—Y merma la hijuela. Comprendido.. Pero Teodoro ha busca el ser feliz.

PÍO.—*(Fuera de sí.)* Ya estoy harto de oírles a todos repetir eso de felicidad, de vivir la vida y de tener ilusiones. Mi padre está hecho un m chacho; yo tengo el pelo gris; mi padre ríe siempre; yo me aburro. A m padre le quieren todos; a mí me odian. ¡Me chincho en la formalidad y e la ropa negra!...

TÁRSILA.—*(Asombrada.)* ¿Pero qué dices, Pío?

PÍO.—Que se acabó. Que esta noche me voy al Parque de María Luis de ocho y media a nueve.

TODOS.—¿Qué? *(Extrañados.)*

PÍO.—*(Gritando, como para que le oigan.)* ¡Al Parque de María Luis de ocho y media a nueve! *(Mutis, decidido, por el foro izquierda.)*

TÁRSILA.—No le dejes, Benedicto. Es capaz de cualquier locura.

ROSA.—Más bien creo que va a hacer una tontería. Acompañadle.

BENEDICTO.—¿Y al fin viene usted con nosotros a Segovia esta noch

ROSA.—No... Tengo aún muchas cosas que hacer aquí. Id con Dio hijos. *(Salen, después del saludo y besamanos de Társila y Benedicto. Cru la escena, de izquierda a derecha,* CARIDAD, *un poco desvivida y nerviosa, p lo que oyó gritar a Pío. Doña Rosa la sigue con su mirada escrutadora, tr de los impertinentes, que saca en aquel momento, y cuando ella, nerviosa, v a hacer mutis tras de varios detalles, la llama.)* Oye, muchacha...

CARIDAD.—¿Manda argo la señora?

ROSA.—*(Mirándola fijamente.)* ¿Tú sueles ir alguna vez al Parque d María Luisa?

CARIDAD.—*(Azoradísima.)* ¿Qué dise la señora? ¿Es que le han ven con argún chisme a la señora? Porque yo le aseguro a la señora que no e verdá, y que la cosa no ha salío de mí... que bien ajena estoy yo... Y n tengo curpa ninguna.

ROSA.—Anda, anda. Déjate de cuentos. Y toma tila, que es muy sana. Pero ya lo sabes... Esta noche, de ocho a nueve, tenemos tú y yo much qué hacer aquí...

CARIDAD.—¿Es que la señora se figura?...

ROSA.—La señora ha vivido mucho, y cuando los otros van ella vuelve. Ya le diré yo a Frasquito.

CARIDAD.—No, por Dios, señora, que es muy bruto y... muy sel so y...

ROSA.—No es una excepción Casi todos los hombres, pelo arriba, pelo o, son como Frasquito. Vete a la cocina.

Mutis.)

GONZALO.—*(Entra por el foro izquierda como una tromba, atropellando Gonzalo, nuestro amigo, tan tonto como siempre, pero esta vez un poco ado. Tras de besar su mano a doña Rosa se sienta en la mesa y comienza virse café con leche, que bebe durante su narración.)* Por fin! Gracias a que llego aquí.

ROSA.—Gonzalo.

GONZALO.—Señora. *(Le besa la mano.)* Caramba. ¿Viene usted de?... *ombrado de verla con aquel traje.)*

ROSA.—De retratarme. ¿Y tú?

GONZALO.—¿Yo? Yo vengo desesperado. Vengo muerto de fatiga y go sin desayunar. Con permiso. *(Se sienta y se sirve el café.)*

ROSA.—¿Pero qué te ocurre?

GONZALO.—Algo espantoso... Ustedes me rogaron que acompañase a a y a su carabina, en el «cabriolet», hasta casa de tía Juana. Así lo hice: amos a Segovia, y en el Azoguejo va y nos dice Rita, a la carabina y í: «Bajen ustedes, que me parece que el radiador no tiene agua.» Lo emos, buscamos con la mirada la fuente; cuando de pronto, zas, zas, a Rita que corría a toda velocidad en su automóvil. Total...

ROSA.—Total: una nube de polvo en el camino y un hombre solo con carabina. Es admirable. *(Irónica.)*

GONZALO.—¿Sí?

ROSA.—Tu tontería.

(Gonzalo, que está bebiendo su café, se atraganta y tose de la sorpresa.)

GONZALO.—¡Ejem! Venerable doña Rosa.

ROSA.—¿De modo que te pones a desayunar tranquilamente mientras novia te ha tomado el pelo, del modo más descarado? ¿Y piensas que n hombre así le voy a entregar yo una mujer de mi sangre? ¿Te figuras e he vivido ochenta y dos años para ver estas cosas?

GONZALO.—*(Deja la taza y se levanta.)* No lo tome así, doña Rosa... a familia no tiene interés en que yo me case...

ROSA.—¡Basta! Tienes de plazo hasta las doce para volver loca a la chi- Pero si a las doce sigues siéndole indiferente, te echo de aquí con cajas templadas.

GONZALO.—¿A las doce? ¡A ver si llevamos igual los relojes, que a lo jor va usted adelantada y!...

ROSA.—¡Rita! ¡Rita! ¡Ven! *(Al lateral derecha.)*

GONZALO.—¿Pero está aquí?

RITA.—*(Saliendo.)* ¿Llamabas, abuela...? ¡Ah! ¡Gonzalo!

GONZALO.—Sí, yo...

ROSA.—Os dejo solos. Hija mía, las mujeres de nuestra raza, eligen un mbre para toda la vida. Piensa bien si el tuyo puede serlo este botarate.

GONZALO.—¿Le ha hablado usted en mi favor?

ROSA.—Sí. Ya quedas bien recomendado.

(Doña Rosa hace mutis. Quedando solos los dos, y se sientan en dos sillos o en un sofá.)

RITA.—*(Fingiéndose compungida.)* Gonzalo... Yo tengo que explicarte del Azoguejo... Porque verás... Cuando llegamos al acueducto...

GONZALO.—Déjate de arquitectura y de explicaciones, que tengo mu- a prisa. Mira que a las doce...

RITA.—¿Cambian otra vez la hora oficial?

GONZALO.—Verás, Rita... Yo tengo que hacerte el amor.

RITA.—*(Burlona.)* ¿Ah, sí?

GONZALO.—Pero como eso es de la época medioeval, y ni tú ni yo so medioevos...

RITA.—¡Claro que no!

GONZALO.—Yo en el plan amoroso... blanco... estoy pez.

RITA.—Pues, nada, chico, que te cambien el agua.

GONZALO.—¿Tú estas por mí?

RITA.—*(Extrañada.)* ¿Qué?

GONZALO.—Quiero decir que si te va mi tipo.

RITA.—Juzga por ti mismo: mi tipo es un hombre guapo, esbelto, ronil y capaz de hacerse él solo una posición. Ni tan antiguo, que no c prenda lo moderno; ni tan moderno, que no conserve algo de lo bueno tenían los antiguos. Que haya corrido, sin trotar, que haya vivido, sin es hecho un guiñapo, y a ser posible, que haya sido novio de una amiga mía

GONZALO.—Acabas de hacer mi fotografía, al esmalte.

RITA.—¿Tú crees?...

GONZALO.—Yo soy ese que tú has pintado, de modo... que tú dirás fecha fijamos para la boda.

RITA.—Poco a poco. Eso de boda...

GONZALO.—¿Te empeñas en que haga la cursilería de declararme? P bueno. Habla tú por mí, di lo que te gustaría que yo te dijese, lo rubr y en paz.

RITA.—¿Ah, sí?

GONZALO.—¡Claro! Empieza. Yo soy tú y tú eres yo.

RITA.—¿Te empeñas? Pues prepárate. Rita...

GONZALO.—¿Qué quieres, Gonzalo?

RITA.—*(Copiando un poco la actitud de él.)* Rita: tú sabes que yo soy listo.

GONZALO.—¿Qué?

RITA.—Ni guapo, ni distinguido...

GONZALO.—¿Eso que dices?

RITA.—Que a mi lado las ostras son divertidísimas.

GONZALO.—Pero chica, que yo...

RITA.—Además, comprendo que no sientes por mí ninguna simpat y como yo, aunque no sea inteligente soy buen muchacho...

GONZALO.—Oye, ¿sabes que me estás poniendo?...

RITA.—Al darme cuenta de todo esto, creo preferible que seamos bu nos amigos.

GONZALO.—¿Ah, sí? Pues ahora contesto yo en lugar tuyo. Go zalo.

RITA.—Rita.

GONZALO.—Tú ya sabes que yo soy coqueta, presumida, versátil, ni mimada, atrevida, orgullosa, impertinente...

RITA.—Oye tú, que yo no te autorizo a que hables por mí. Que no n usta hablar por boca de ganso.

GONZALO.—¡Rita! ¡Rita!

RITA.—¿Qué?

GONZALO.—Mira. Tienes razón. No he dicho nada. Prefiero quedarm viudo de ti antes de casarnos.

RITA.—Empiezas a ser inteligente.

GONZALO.—Casarse es perder la libertad y buen humor.

RITA.—Claro.

GONZALO.—Además, no es ningún negocio.

RITA.—¡Qué ha de serlo!

ONZALO.—Una niña de ahora cuesta un Congo... Sólo en medias, ba-
le carmín, pitillos y zapatos, gasta una fortuna.

ITA.—Naturalmente.

ONZALO.—Seamos amigos.

ITA.—Muy amigos.

ONZALO.—Choca, chica.

ITA.—¿Lo ves? Ya empezamos a estar de acuerdo.

ONZALO.—En cuanto hemos hablado con claridad.

ITA.—Así debe ser el verdadero amor. ¡Yo estoy contentísima! Voy írselo a la abuela.

ONZALO.—Y yo. Tengo que darle las gracias porque se ve. ¡Se ve que a recomendado! *(Animadamente, hacen mutis por la segunda izquier-ale* CARIDAD *a tiempo de verlos.)*

ARIDAD.—¡María Santísima! ¿Con éste también? Pero esta niña con os... ¡Las hay coquetas! ¡Ay, lo que yo siento es lo de Pío! San Anto-¿no me oyes? ¡Pero es que ni Pío! ¡Ay, Señor! ¿Gorverá? Porque salí e van a dejar salr... y mía que perdé esa proporción. Desgrasia que ha. *(Sale* FRASQUITO *por el foro, viene hecho una lástima, roto, con la a abierta, los pantalones con un desgarrón, los puños de la camisa, , el pelo revuelto.)* ¿Vienes de la guerra?

RASQUITO.—Vengo con ese ladrón de animalito que asín acabe en Plasa de Toros con un pespunte a vainica.

ARIDAD.—¿Has traío al Lusero?

RASQUITO.—Y me ha hecho ve las estreyas.

ARIDAD.—Caya, que viene er señó.

EODORO.—*(Vestido con traje de montar a caballo. Es otra vez el hom-eno de energía, seguro de sí mismo.)* ¿Está ya listo?

RASQUITO.—¡Está!

EODORO.—¿Te ha costado mucho traerle?

RASQUITO.—Poca cosa... Un equipo completo...

EODORO.—Ven a tenerme el estribo...

ARIDAD.—Ahí viene la señora... con don Luis.

EODORO.—Dejadme. *(Pasea nervioso la escena. Entra* ANGUSTIAS, *a con el traje de amazona andaluza.* LUIS CAÑAVERALES *con ella, he-n figurín. Ella ligeramente coqueta al ver a Teodoro.)*

NGUSTIAS.—Buenos días, Teodoro.

EODORO.—*(Hace una inclinación de cabeza contestando al saludo.)* dónde vienes?

NGUSTIAS.—De Venta Antequera. Cañaverales se ha prestado a ha-e compañía.

UIS.—Me indicó que deseaba ir a la tienta.

EODORO.—¿Cómo no me lo dijiste a mí?

NGUSTIAS.—Por no molestarte. La excursión es fatigosa. *(Toma un rillo de su petaca.)* ¿Un serillo?

UIS.—*(Se adelanta y se lo ofrece.)* Al momento.

NGUSTIAS.—Grasias. *(A Teodoro, que la ha encendido después que)* Llegaste tarde.

EODORO.—Sí. *(Tira con despecho la cerilla.)*

NGUSTIAS.—¿Y tus hijos? *(Burlona, a Luis.)* Pepe Luis: Usté no sabe anse tan chistoso. Doro tiene dos hijos, yo los creía de diez y doce y resurta que pasan de los cuarenta. ¡Ja, ja, ja!...

UIS.—¡Muy grasioso!

EODORO.—¿Verdad que sí? Señor Cañaverales. Tenemos que hablar.

UIS.—*(Serio.)* Cuando usted guste.

TEODORO.—Ahora mismo. Angustias. Déjanos.
ANGUSTIAS.—Pero ¿Qué te pasa?
TEODORO.—Me pasa que hoy mismo nos separamos para siempre
ANGUSTIAS.—*(Asustada.)* ¡No, Teodoro!
TEODORO.—¡Sí! ¡Vete!... Déjanos.
ANGUSTIAS.—Pero si parese mentira que no comprendas... Doro, tonto, tontísimo...
TEODORO.—*(Violento.)* ¡Vete!
ANGUSTIAS.—Me voy... *(Angustias, contrariada, con miedo de h ido tan lejos, pero queriendo ocultar con una pequeña risa, llena de te asomándole casi las lágrimas.)* Qué tontísimo eres, Doro... Pero qué tísimo. *(Mutis por la izquierda.)*
LUIS.—*(Queriendo mostrarse jovial y comunicativo, dice alegremen* ¿Se puede saber qué le pasa a usted, don Doro?
TEODORO.—*(Serio.)* Doro, no... Teodoro.
LUIS.—Usted perdone, pero...
TEODORO.—Siéntese y escuche. Usted viene a esta casa, que fu suya, con demasiada asiduidad.
LUIS.—No dirá usted que yo he olvidado los respetos que meres casa...
TEODORO.—¡Tal vez sí!
LUIS.—Porque no creo que me tome en cuenta cuatro coqueteos la mecanógrafa... para los que me autorizó el ver lo que vi...
TEODORO.—¡Le advierto a usted que la mecanógrafa es nieta mía
LUIS.—¿Nieta de usted? ¡Imposible!
TEODORO.—¡Sí! Tengo nietos y biznieto. Soy viejo, ¿qué pasa?
LUIS.—No pasa na, pero...
TEODORO.—*(Que ha hecho su plan.)* ¿De modo que usted mismo fiesa que ha coqueteado con mi nieta?
LUIS.—Sí, señor... La muchacha es monísima... No hay por qué o tar que me gusta y...
TEODORO.—Muy bien. Pídame su mano, entonces cásese en qu días y no tenemos más que hablar. *(Le mira fijamente a ver el efecto le hace. Cañaverales se queda de una pieza.)* ¿Me ha oído usted?
LUIS.—Sí, señor, pero...
TEODORO.—¿Por qué duda entonces?
LUIS.—Mire usted, don Teodoro... La verdá... Yo he cumplido en a los veintidós años, no tengo fortuna, estoy para doctorarme en dere Yo no puedo casarme sin tener una cosa segura... Además que me gu claro que me gusta su nieta. Pero no la conozco lo bastante para...
TEODORO.—Eso no es una razón. A los quince días de conocer a gustias me casé con ella.
LUIS.—Lo cual prueba...
TEODORO.—Que o lo de mi nieta es falso, o usted ni es joven, ni s querer, ni merece tener veintidós años. A menos que...
LUIS.—Usté dirá.
TEODORO.—*(Amenazador.)* A menos que venga usted aquí por cosa.
LUIS.—¡Don Teodoro! Excuso sus violencias porque está usté obsec
TEODORO.—¿Yo?
LUIS.—Usté podría tener, que no lo tiene, cierto derecho a duda mí, pero der cariño de su señora, no.
TEODORO.—¿Quién le autoriza a usted a hablar de ella?
LUIS.—¡Lo que he visto! Le ha preferido a usté entre una nube de

tes. Habla con Pepe o conmigo ¿y de qué habla? De usté. Sale viaje y nos cierra la puerta. Riñe con usté y nos echa a nosotros a

DORO.—Pues hoy mismo nos separamos.

S.—¿Qué?

SA.—*(Que ha oído el final de la escena anterior, sale con aire severo, reprensiva.)* ¡Teodoro!... ¿Y es un hijo mío el que habla de esas co-o menos que en la plaza pública? Tus hijos y tus nietos aguardan o te olvides de los respetos que a tu nombre debes.

DORO.—¡Madre!

SA.—Señor Cañaverales, mi hija Angustias ruega a usted, que, ha- honor a su buena amistad, no vuelva por esta casa.

IS.—Obedezco, pero acaso un día, si Rita me quiere oír, pida a us- algo más que una buena amistad.

SA.—Eso... cuénteselo a Rita.

IS.—A los pies de usté, señora

SA.—Caballero.

IS.—Don Teodoro *(Reverencia y mutis con naturalidad.)*

SA.—Supongo que no dudarás de que no hubo falta.

ODORO.—Hubo intención de que yo lo creyera y es bastante. Yo no o.

SA.—Tendrás que castigar entonces a tu madre que es quien lo dis-.

ODORO.—Es que mi mujer...

SA.—¡Y me he molestado en acompañarla a Venta Antequera para e salgas con esas!

ODORO.—¿No fué sola? *(Con gran alegría.)*

SA.—Pero chico, ¿con quién te piensas que hablas?

ODORO.—¡Madre!

GUSTIAS.—*(Que ha estado escuchando desde un momento antes de ha- tis Luis.)* Teodoro... perdóname... Si vieras el miedo que he pasado.

ODORO.—¿Miedo tú?... Pues... ¡y yo! *(Acercándose con efusión.)* e un beso!

SA.—¡Eh! ¿Delante de tu madre?

ODORO.—Si yo no decía...

SA.—*(Sonriendo con picardía.)* Delante de tu madre es poco un beso. ala.

ODORO.—¡Sí!... ¡Te abrazo! Y vuelve a ensanchárseme el alma, a ser joven... ¡Joven! No de fuera adentro, sino de dentro a fuera, lo que digan cuatro papeluchos despreciables, como la cédula, la a de bautismo y el padrón, ¿verdad, Angustias?

NGUSTIAS.—*(Con emoción.)* ¡Gracias, Teodoro!

SA.—*(Al lateral izquierda, por donde salen, a su llamada,* TÁRSILA, BENEDICTO, RITA *y* GONZALO.) Hijos míos, nietos, biznietos... Entrad a presenciar cómo este chico, que es vuestro padre, se nos está ha- o un hombre. ¡¡Un hombre!! *(Con orgullo.)*

ÁRSILA.—¡Abuela!

ENEDICTO.—Querida abuela.

TA.—Guapísima bisabuela. *(La rodean con respeto y cariño, como si una reina.)*

OSA.—¡Cuidado! ¡Cuidado con apearme el tratamiento! ¡Tatarabuela! éndoos a todos felices, sí que es hermoso ser tatarabuela!

TELÓN



JUAN BONAFE

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

RECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

IEROS PUBLICADOS:

. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, ccción de Juan José Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del tro Vives.
. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro lo.
. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín rez Quintero.
. ATOCHA, de Federico Oliver.
. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adapta- de una novela de Miguel de la Cuesta.
. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Se- y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
. LA SOFA BOBA. de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, Carlos Arniches.
. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armout y Garbidós, versión ana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del stro Guerrero.
. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
2. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Fran- de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
3. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número enaje a María Guerrero).
4. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
5. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
6. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
7. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
8. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
9. LA PEDENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de gora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, mús Soutullo y Vert.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y A Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. música de Moreno Torroba.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Bena
38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fer Shaw, basada en la obra de Julio Dantás "La Severa", músi maestro Rafael Millán.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García V
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel res Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española po Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo rreño, música de Cayo Vela y Bru.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas rique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ram Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Caten
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducció Torralba Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONAMA Francisco de Víu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castil Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de Julián Sánchez-Prieto, El p poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Trad del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Antonio Paso y Antonio tremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en col ración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colab ción con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Ri
69. LA TATARABUELA, de José Juan Cadenas y Emilio Gonz del Castillo.





Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente. 20. Madrid.